

ANT-XIX-1284/9

L. Gómez Solano



Perfiles Sociales

CON UN
PRÓLOGO DEL

Sr. D. Joaquín Hazañas y La Húa

CATEDRÁTICO DE HISTORIA UNIVERSAL
EN LA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

I. La Vagancia.—II. La Mendicidad.—III. La Embriaguez.—IV. La Delincuencia.—V. La Prostitución.—VI. La Inmoralidad.—VII. El Juego.—VIII.—El Lujo.—IX. El Afán de Riquezas.—X. El Indiferentismo Religioso.

SEVILLA, 1901

TIPOGRAFÍA DE GIRONÉS, LAGAR 5.

JLB
16-09.1984
MADRID
FR
B 563

PERFILES SOCIALES

17 cms

R 74-336



L. Gómez Solano



Perfiles Sociales

CON UN
PRÓLOGO DEL

Sr. D. Joaquín Hazañas y La Húa

CATEDRÁTICO DE HISTORIA UNIVERSAL
EN LA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

I. La Vagancia.—II. La Mendicidad.—III. La Embriaguez.—IV. La Delincuencia.—V. La Prostitución. VI. La Inmoralidad.—VII. El Juego.—VIII.—El Lujo. IX. El Afán de Riquezas.—X. El Indiferentismo Religioso.

SEVILLA, 1901

TIPOGRAFÍA DE GIRONÉS, LAGAR 5.

Queda hecho el depó-
sito que dispone la ley.

Al Sr.

D. Hilario del Camino

Presidente de la Cámara de Comercio de Sevilla, y ex-Diputado á Cortes, dedica este trabajo, en testimonio de distinguida consideración y afecto,

L. Gómez Solano.

Al Lector

Ni el libro que tienes á la vista, ni su autor, necesitan presentación: el primero, porque, hasta tanto que lo hayas leído y gustado sus bellezas y verdades (que allá en el fondo vienen á ser una cosa misma), no has de fiarte de mi palabra, por honrada que sea, si te anticipo mi juicio; el segundo, porque D. Leopoldo Gómez Solano es ventajosamente conocido como cultivador de las ciencias morales y políticas y autor de unos muy estimables Apuntes sobre la cuestión obrera, ya también como autor de obras de amena literatura, por las cuales mereció ser premiado en uno de los Certámenes y Juegos Florales celebrados por nuestro Ateneo. Si, pues, libro y autor se bastan por sí solos para dirigirse al público, ¿quién soy yo, y por qué me dirijo á tí en las primeras páginas de esta obra, en lo que algún modernista llamaría atrio, pórtico, vestíbulo ó zaguán de este libro?

Soy un amigo del autor y te hablo por encargo suyo, no para hacerte un desmedido elogio de la obra, ni para imponerte un criterio, pues podrías preguntarme con razón:—Y á usted, ¿quién lo fía?—sino para cumplir con un deber, ya que la amistad con que me honra el señor Gómez Solano así me lo impone.

En este trabajo se estudian diez plagas sociales, diez formas distintas del cáncer que va corroyendo las entrañas de la sociedad europea, y cuyo progreso es de todo punto necesario atajar, siendo un laudable intento cuanto en este sentido se haga, y mereciendo por ello plácemes quien pone su pluma al servicio de tan noble empresa.

Entre los males aquí estudiados se encuentra la vagancia, pero no sólo aquella que nace en el arroyo y viste harapos, sino también la que vive en la sociedad más encopetada y cubre sus manos con blancos guantes; la mendicidad, explotada como industria, cuidando mucho el autor de distinguir la verdadera pobreza, que santifica al que la padece y ofrece medio de practicar la virtud de la caridad al que la socorre; la embriaguez, que va embruteciendo los pueblos; la delincuencia, especie de termómetro de los grados de cultura de una nación; la prostitución, vicio horrible que tiende á destruir la familia; la inmoralidad, que desquicia la administración de los pueblos y rompe ó afloja los vínculos fa-

miliares; el juego, que mantiene en constante inestabilidad las posiciones sociales y reduce á la miseria á tantos seres desgraciados; el afán de riquezas, que, sin reparar en los medios, precipita á los hombres á la comisión de los actos más vergonzosos; y por último, el indiferentismo, resultado del olvido de la existencia de Dios y causa principal de tantos males, entre los que se cuentan el número verdaderamente asombroso de suicidios que diariamente se registran en los anales de los pueblos modernos.

Y todo lo expuesto, estudiado por un no vulgar observador, y á quien no guía otro móvil que el deseo de contribuir en la medida de sus fuerzas al mejoramiento de la sociedad en que vive.

El Sr. Gómez Solano titula modestamente su libro PERFILES SOCIALES; pero quienes lo lean podrán convencerse de que no es un simple perfil, sino un acabado retrato de una sociedad que vive enferma, porque ha desviado su vista de la única medicina: de Dios.

Cumplido así mi compromiso con el autor, réstame sólo despedirme de tí, diciéndote:—Lee y medita.

Joaquín Hazañas y la Rúa.



À quien leyere

Los escritos que se relacionan en algún modo con las cuestiones sociales, revisten siempre extraordinaria importancia.

Aseméjense á centinelas avanzados que dan la voz de alerta á las clases directoras de la sociedad, para que se aperciban contra las asechanzas que los descontentos de la fortuna dirigen continuamente y sin cesar contra ellas, proponiéndose llevar el desquiciamiento y la perturbación á las bases más sólidas sobre que descansan los organismos sociales, debidos á la no interrumpida labor de los tiempos.

Pero esas clases, no obstante el lugar preeminente en que se hallan colocadas, y apesar de la saludable influencia que deben procurar ejercer sobre aquel elemento, fijan poco ó nada su atención en estos escritos, y, á juzgar por la que dedican á los sucesos que, derivados de las cuestiones sociales, se reproducen á cada instante, parece que los dejan pasar inadvertidos; y eso que, en los que su contrario elemento prepara, y realiza con frecuencia, les

sobran motivos para esperar un porvenir preñado de zozobras é inquietudes.

En el estudio de estas cuestiones existe, no obstante la indiferencia con que se las mira, un fondo de enseñanza tan interesante, que, con muy poco que se profundice, se tropieza con toda la cohorte de satélites que, con más ó menos vigor, contribuyen á fomentar el estado de perturbación y enflaquecimiento á que, por fatal manera, camina la sociedad moderna.

Esos satélites, que con iguales caracteres se manifiestan en todos los países, que en todos se dirigen á un idéntico fin, emprendiendo igual itinerario, deberían servir de penumbra á las sociedades y de pesadilla no despreciable á sus gobiernos, que dejan pasar inadvertidas todas esas consecuencias que en destructor cortejo despide la colectividad social, y que, como *La Vagancia ú Holgazanería*, *La Mendicidad*, *La Embriaguez*, *La Delincuencia*, *La Prostitución*, *La Inmoralidad*, *El Juego*, *El Lujo*, *El afán de riquezas* y *El Indiferentismo* religioso, mantienen en perturbación constante el cerebro social, en el que, funcionando sin cesar, vienen á ser factores principalísimos y de decisiva influencia en la preparación de los trastornos públicos que se desarrollan en las naciones.

Los gobiernos de los Estados modernos se fijan poco en contener esas dolencias que así tienden á su quebrantamiento; no se cuidan en introducir el escalpelo salvador en el corazón de las mismas para aminorar los peligros provenientes de ellas; abstiéndose de analizar las concausas infinitas que las producen y alimentan, y que en repugnante comparsa se desparraman por los Estados, con más brillo y más seguro éxito cuanto más grandes y temibles se consideran.

Esos gobiernos que no quieren detenerse en meditar cuanto trastorna y perturba á las naciones que dirigen el entronizamiento de tales dolencias, ponen toda su atención y todo su esfuerzo en una sola cosa: en parecer *fuertes* por medio del sostenimiento de gran número de soldados, sin

caer en la cuenta de que esa fortaleza así buscada es puramente imaginativa y ficticia, pues que descansa en individuos sacados del montón social, que, por ser de tal procedencia, se hallan menos inclinados á comprender la alta misión que el Ejército es llamado á satisfacer en los países verdaderamente civilizados y cultos. Buscan el imponerse á los más débiles, pretenden la supremacía de la fuerza, representada por el número de combatientes, y se olvidan de los auxiliares que coadyuvan á hacer eficaz esa aspiración.

Tampoco se preocupan en que el sostenimiento de esos ejércitos enerva y consume las energías de los Estados, que, arrastrando una existencia anémica, viene á hacerse ostensible en esas masas de obreros, que, faltos de trabajo, les echan en cara que son ellos los causantes de la miseria y desesperación hambrienta en que se encuentran.

Los componentes de los ejércitos de las naciones, formados por colectividades de hombres que proceden de lugares en donde predomina la misma tendencia, que se sienten solicitados por iguales necesidades é influidos por gemelas inclinaciones, acarician la aspiración de llegar cuanto antes al término de su empeño, para volver luego con igual brío á reforzar las filas de los ejércitos anónimos que llenan los Estados de descontentos, y que constituye el primero y principal elemento de perturbación de los mismos, porque durante el tiempo que han permanecido en las filas no se ha operado en su mediocridad ninguna saludable transformación.

Entienden los gobiernos que no pueden afectarle grandemente y de modo inmediato las consecuencias de esa perturbación, y así la relegan á secundario término, siendo para ellos lo importante, lo verdaderamente de cuidado, el que pueda alterarse la paz internacional, á cuya conservación encaminan todos sus esfuerzos, aunque sea á costa de la fortuna nacional, que toda entera la consumen en el sostenimiento imposible de la fuerza armada, olvidándose de que no es prudente desatender los estragos

que á los países ocasionan los cánceres sociales que se alimentan en sus entrañas, aunque aparentemente se crea que ni los desnaturalizan ni enervan, sucediendo que, al cabo y al fin, determinan en los mismos un estado de *indiferentismo cívico*, del cual no es bastante á libertarlos ni los hermosos sentimientos del amor patrio, cuando son heridos por algo que afecta á su integridad, ni acaso cuando se pretende arrebatárles lo que en las grandes y pequeñas colectividades constituye sus creencias, su historia ó sus tradiciones.

Hacer la exposición de esas dolencias sociales, de esas manchas que ennegrecen la sociedad moderna, sin prejuicios ni prevenciones de ningún género hacia las diferentes clases que forman la entidad social, va á ser el objeto de este escrito, ya que todo ese material pútrido que de las misma se desprende es contingente que viene á sumarse y á confundirse con la plaga general de la *cuestión social* en su manifestación anarquista, que tanto debiera preocupar á los gobiernos y á las clases directoras, por ser aquélla la que, ya sin temor alguno, y con gran aliento y desesperación, ha desplegado su negra bandera, llevando al seno social el espanto por medio de hechos criminales que, al avisarles con ellos lo que busca y quiere, ha convertido en terrible realidad lo que se estimó como grosera caricatura.

Quizá por algunos que no prestan atención á nada, por esos espíritus frívolos que pasan por el camino de la vida sin preocuparse de otra cosa que en recorrerlo de la manera más divertida, satisfecha y cómoda, se pregunte:— Pero, ¿tiene algo que ver, ó influye mucho ni poco en la conservación, engrandecimiento y salud de las naciones, el incremento que en ellas puedan alcanzar los rastros que emanan sus dolencias sociales? ¿Puede influir poco ni mucho que la *vagancia* adquiera porción de adictos, la *mendicidad* crezca y tome cada día mayor número de adeptos; que la *embriaguez* sea signo distintivo y característico en muchas localidades; que la *delincuencia* se manifieste in-

corregible; que la *prostitución* se exhiba con todo el lujoso esplendor de su descaro impúdico; que la *inmoralidad* haya sentado plaza de hombría de bien; que el *juego* destruya la salud y la fortuna de los que le entregan todo el espacio y momento de su vida; que el *lujo* invada las esferas que abarca la sociedad entera y contribuya á hacer viable la inmoralidad; que el *afán de riquezas* no se detenga en formas para adquirirlas, hallando todos los caminos llanos, expeditos, y fáciles de abrir todas las puertas; y por último, que el *indiferentismo* y la falta de fé sean el monstruoso pedestal sobre que se sienta y descansa, en forma de negra pirámide, todo ese cenagoso y purulento *montón* que, alimentado por el *egoísmo*, es la manifestación más acabada y viva que flota y predomina en el espíritu de las modernas sociedades?

Los espíritus anémicos y frívolos que puedan formular tales preguntas desconocen el modo cómo los pueblos han llegado en la antigüedad, y en los modernos tiempos, al apogeo de su grandeza, al logro de sus aspiraciones y al coronamiento de gloriosos y heroicos hechos, que han sido la finalidad de esas grandes epopeyas que registra la historia, y cómo también, por consecuencia de todo aquel cortejo de purulencias, han venido después á la decadencia más espantosa, al colmo del indiferentismo y al del embrutecimiento.

La historia confirma, de igual modo, nuestra creencia sobre la necesidad de perseguir y combatir las causas que de modo tan directo influyen en el enervamiento de los pueblos; ella enseña también cómo las mismas causas producen en todos los tiempos y en todos los pueblos los mismos efectos; en ella encontramos la preponderancia de aquéllos, según los diferentes medios en que sus habitantes desarrollan sus aptitudes é inclinaciones, enseñándonos cómo la *libertad* y la *moral* los consolidan y engrandecen, al paso que la *corrupción* que engendran los vicios enunciados los conducen á los tiempos de Bizancio.

Las sociedades regidas simultáneamente por la liber-

tad y la moral han sido siempre grandes y fuertes, y al perder esas virtudes ha sido cuando han caído en la decadencia que su corrupción les ha acarreado.

Y hecha esta sucinta, pero obligada digresión, como antecedente al objeto de los temas que, con notorio atrevimiento, van á ser motivo de nuestro estudio, entremos sin más preámbulo en materia.

I

LA VAGANCIA

Es para nosotros de tanta importancia esta dolencia social; se halla arraigada de manera tan intensa en el corazón de la sociedad, y más particularmente en el del elemento que pugna por alterar los resortes sobre que descansa el moderno organismo de las sociedades, que no vacilamos un momento en ocuparnos preferentemente en ella, ni en calificarla de madre desnaturalizada de cuantas en inmoral comparsa contribuyen á formar el cortejo insano que se desarrolla en el accidentado escenario de la vida pública y social, siendo por ello que los moralistas de todas las edades hayan encaminado sus esfuerzos á combatirla, persuadidos de que por ella nacen y tienen vida toda esa multitud de insanas inclinaciones que predominan y hallan holgada acogida en el espíritu del hombre y en el de la mujer.

La vagancia es el primer escalón del vicio; por eso no es demasiado que quien se acostumbra á ella, y por hábito la acepta, no encuentre posibilidad de separarse de sus atractivos, que, aunque llenos de peligros, son, no obs-

tante, solicitados por aquellos que cifran todas sus aspiraciones en ostentar una ejecutoria abundante en hechos reprobados, que les sirven para acreditar su notoriedad de perdidos.

La vagancia persigue á todas las clases sociales, así á las más elevadas como á las más humildes; lo que sucede es que en aquéllas varía en sus modos de manifestarse; por eso se descubre transformada en *holgazanería* en los Círculos y Casinos, y en los salones ricamente exornados de la aristocracia, en los cuales radica su centro de exhibición, con todo el lujoso y deslumbrador atavío de su ostentación, al paso que en las otras hace su presentación vistiendo el ropaje de la desfachatez en el arroyo, á la vista de todo el mundo, sin preocupación de ninguna clase, sin cuidarse de ser tachada de escandalosa, ni como engendro de todas las prostituciones; la holgazanería se nos presenta deslumbradora, atractiva, cubierta de joyas, encajes, sedas y tapices; la vagancia, cetrina, enfermiza, macilenta, encenagada y llena de impúdica desnudez; y como á nuestra vista es ésta más repulsiva, resulta que todas las censuras, todas las críticas y todos los anatemas se enderezan contra ella, sin tener en cuenta que las consecuencias y efectos sociales que ambas acarrean, aunque por distintos caminos, se dirigen á un muy parecido término, en el cual, á veces, no es raro que puedan llegar á encontrarse.

Quizá por la cultura que presta el trato social á las personas que, por su posición desahogada y linajuda, tienen acceso en los salones del gran mundo, estimen que esa circunstancia es bastante á encubrir las miserias que en ellas se ocultan, sirviendo para echar un crespón sobre los lunares que en su piel se manifiestan; mas ese crespón no es lo bastantemente tupido para eclipsar su transparencia ni para evitar que la maledicencia se convenza de su existencia, ni para despojarlas de la responsabilidad que les cabe en la preponderancia que alcanza la vagancia del arroyo.

En efecto, los que deben al azar de la suerte ó del nacimiento la posición holgada en que viven, y que les permite la satisfacción de todos sus gustos, son los primeros en olvidarse del precepto *genesiacó* del trabajo impuesto por Dios al hombre, y los primeros también que ofrecen diario culto á la diosa *ociosidad*, entregándose loca y desenfrenadamente al goce provocador de mundanas fiestas, las que, por el esplendor que visten, el lujo aparatoso y deslumbrador con que las verifican, son la desesperación de los hijos de la calle, que, al mirar desde el arroyo las luces que iluminan los salones, los numerosos servidores vestidos de lujosas libreas, formando fila desde la puerta de entrada hasta la misma que da ingreso á los hermosos departamentos, en los cuales el arte maravillosamente los transforma, exornándolos con ricos tapices, artísticas y valiosas porcelanas, que armonizan con la grandeza de lienzos y esculturas, cuyas facturas pregonan el genio de los maestros más afamados, realzados con profusión de plantas caprichosas, raras y exóticas, criadas en estufas, que conducen los espíritus á una región distinta de la realidad; y los espejos, en combinaciones artísticas reproducen en todas direcciones y en inacabable extensión los encantos que en esas mansiones se anidan, en las que, como digno remate de ornamentación, para más seducir y fascinar más, las mujeres, ricamente prendidas y su belleza realzada por las preseas y joyas, que irradian luces brillantísimas al chocar con los lumináres que prestan luz á todo aqu el encantador conjunto, al que sirve de fondo la música, el ruido y el goce de la satisfacción cumplida, de la esperanza satisfecha, de la codiciada cita, y todo, en fin, cuanto en esas fiestas del gran *confort* seduce, halaga, satisface y embellece, es contemplado con espantados ojos y aborrecido con maldiciente lengua por la multitud del arroyo, que, al mirarse los harapos con que está estida, hace responsables á aquellos olvidadizos y afortunados mortales de todas sus desventuras y miserias, maldiciendo hasta de haber nacido ante la desconsoladora

desigualdad que media entre ellos y los que tal uso hacen de las riquezas con que parecen provocarlos y echarles en rostro su impotencia, sus andrajos y su desnudez hambrienta.

No, no pueden ponerse en duda el pernicioso efecto, las desconsoladoras consecuencias que esas fiestas con que se arruinan las clases ricas, causan en las que viven en la vía pública y en el lupanar; pues, con su instinto inculto é ineducado, saben y descubren que todo aquel rico esplendor, que todo aquel fastuoso atavío, denunciadores de las riquezas de quienes así las ponen al alcance de sus miradas, y con ellas las deslumbran y provocan, sólo sirven para encubrir los mismos vicios é iguales pasiones que ellos tienen y sienten, y que tan al desnudo ponen porque no poseen medios ni cuentan con elementos para encubrirlas con postizas y deslumbradoras vestimentas.

Y si no afirmamos que de esas fiestas fastuosas surjan en comparsa, luciendo su antipático ropaje, la porción de parásitos que al descubierto exponen las clases desheredadas que tienen por hogar el arroyo, no puede negarse en absoluto que influyen en la laxitud de las pasiones de sus admiradores, produciéndoles estravismos sociales, que acaban por atrofiar sus sentidos.

En las mansiones del lujo hallan cabida la conquista amorosa por el *sportmant*, que allí persigue la ocasión, el momento, el descuido, en que la mujer honrada quebrante, en un segundo de debilidad, la fortaleza de su espíritu, y en que, sin acaso pensarlo, haga traición á la fidelidad jurada, ante la seducción y halago que envuelven las frases que tan bien suenan en el oído y producen agradable y extraño efecto en el corazón, siempre sensible y dispuesto á la impresión insentida que avasalla á la mujer de todos los tiempos y de todos los países; que el *faraón*, juego lícito en esos aristocráticos lugares, despierte la codicia, oculta tras el antifaz del entretenimiento de los que, aunque luciendo el severo frac y el inmaculado guante blanco, no desaprovechan la ocasión de proporcionarse algún oro;

en ellos se despiertan también en la mujer el apetito de la rivalidad y el afán por superar en joyas y en trajes á aquellas que de más valor y novedad los visten; y, en fin, en ellos se alberga, de igual modo que el afán en la ostentación de galas, la ambición, que, sin reconocer límites, no la contiene ningún obstáculo con tal de llegar al logro de una aspiración que por senderos legítimos y honrados siempre verían incumplida.

Si tales perniciosas consecuencias, si de tal manera se perturba el espíritu y las pasiones se abren á todas las inclinaciones de la satisfacción de los gustos y solicitudes de la materia, en esas clases que saben por su cultura, posición y trato social, evitar que salgan á la superficie envolviéndolas con un crespón de recatada virtud y de exquisita severidad, para que nadie sea osado de echarles en rostro sus flaquezas ni sus extravíos, ¿cuáles y qué proporciones no tomarán en las que tienen por morada el lupanar y viven confundidas en revuelto montón, sin preocuparse poco ni mucho, ni nada, del *qué dirán*, ni de que sus vicios salten á la superficie y sean de todos conocidos?

Esos seres que viven respirando una atmósfera saturada de emanaciones pútridas; que desde que la razón comienza en ellos á manifestarse no oyen, ni ven, ni palpan más que las maldiciones arrancadas por la desesperación que el hambre y la desnudez hace en que prorrumpen los que les han dado la existencia; que se empapan en que todo su patrimonio y todo su porvenir no es otro que el que le ofrece la plaza pública, circo de sus aprendizajes y de sus hechos; que desconocen la más rudimentaria máxima de moral, sabiendo, en cambio, con sobrado aprovechamiento, dar el *pego*, la *burlería*, el *timo*, la *cartita* y el *ataque*, y desde que el día apunta se desparraman á *vaguear* por plazas y calles, sin otro afán que el de atisbar la oportunidad, la ocasión, el descuido, para poner en práctica las lecciones que en la noche antecedente han escuchado á sus diestros Monipodios, que se despepitan en ponderar las seducciones y atractivos que vida tan azarosa les pres-

ta, aderezando tan sustanciosas conferencias con el enloquecimiento y perturbación cerebral que el continuo libamiento de fuertes bebidas alcohólicas les causa; sirviendo de digno remate para corromperlas más la facilidad extraordinaria del hacinamiento y heterogeneidad de sexos en que mezclados viven, para apresurarlos á gustar prematuramente, y hasta saciarse, los deleites de su contacto; es natural que de amalgama tan espantosa surjan todos los vicios con su inacabable comparsa de parásitos sociales, dispuestos á ser amparadores, autores y coautores de toda aspiración que se encamine á satisfacer sus instintos, ó que en algún modo contribuya al halagamiento de sus sentidos.

.

La vagancia, ó sea la ausencia de toda ocupación útil y honrada, es el vicio más perturbador de un pueblo, por ser la consejera del mal y la que tiene espacio suficiente para combinar la manera de entregarse á él y la forma de ponerlo en ejecución.

La vagancia no es del libro; su estudio se recoge en la calle, en el corral, en la taberna, en el lupanar y en cuantos lugares el sér humano vive y se manifiesta y desenvuelve, ora sea envuelta en una atmósfera saturada con el perfume de olorosas esencias, ó ya en la pestilenta, compuesta del hedor nauseabundo que despide el tabaco de *colillas* mezclado con los vapores del aguardiente; y lo que se encuentra y ve en la realidad de esos lugares, ni puede ni debe disfrazarse, sino vestirse con su natural ropaje; quizá para algunos espíritus de sensibilidad exquisita podrá estimarse nuestro relato exagerado y afanoso en presentar á la humanidad más pervertida y peor de lo que en realidad es; pero para desvanecer tal creencia, para que sus espíritus adquieran el convencimiento de cuanto decimos, no tienen más que fijarse en los seres que vagan por las calles, mal cubiertas sus carnes con harapos; escuchan sus conversaciones, pregúnteseles cómo viven, sus

padres en qué se ejercitan; y en sus respuestas hallarán la evidente amargura de que aún no describimos en toda su espantosa desnudez la realidad de los cuadros que aquella ofrece y que de la misma se derivan. No se crea tampoco que esas manifestaciones de la vagancia se presentan sola y exclusivamente en nuestras ciudades y en nuestro país, no; son patrimonio de todas las nacionalidades, así de las más civilizadas como de las que lo están menos; en los grandes centros de población, en las más ricas é industriales capitales de los Estados europeos, en aquellos en donde el lujo y el boato se extienden más, en donde existen fortunas que parecen fabulosas, es precisamente en donde más prospera la vagancia y en donde está más arraigada; en ellos se desarrollan escenas que, á no ser vistas, parecería mentira que seres humanos sean protagonistas de ellas. ¡Se apena el espíritu del observador cuando se detiene á meditar un momento en el porvenir de una generación que crece y se desarrolla nutriéndose en atmósfera tan corrompida como la que emanan los antros en que respira la vagancia!

Londres, París, Berlín, Viena, Madrid y todas las principales ciudades del mundo, ocultan en sus entrañas ese desconsolador fantasma que, extendiendo sus alas en todas direcciones, se complace en ser, como ya hemos dicho, la derivación de todos los demás cánceres y vicios que perturban y destruyen á las modernas sociedades, las que, agobiadas por su pesadumbre, parece que carecen de energía para dominarla.

No se crea que hacemos responsable á las sociedades modernas del mal que deploramos y motiva nuestra crítica: al reseñar los cuadros originarios de la vagancia, sabemos que ésta ha sido, y continuará siendo, patrimonio de todos los pueblos, que todos la han heredado en la sucesión de los tiempos y ha sido combatida en todas las edades por los moralistas; pero como su crítica no ha pasado de los linderos del libro, y éste es sabido que no halla espacio en determinados espíritus, ha faltado ambiente para

comprender cuánto damnifica y para aminorar sus estragos; y por eso, y sin que pueda evitarlo la sociedad moderna, crece y toma de día en día proporciones alarmantes, de las cuales, y como consecuencia necesaria y lógica, se desprende, para hacer su aparición en el escenario de la vida social, la mendicidad pública, de la que seguidamente pasamos á ocuparnos.

II

LA MENDICIDAD

Se manifiesta y desarrolla de distintas formas y maneras en todos los centros de población, alcanzando mayor intensidad en los más populosos.

La *mendicidad*, ó sea el arte de vivir de la limosna pública y callejera, suma porción de prosélitos, acogiéndose á su protección, no ya el anciano, el desvalido, el falto de vista, el lisiado y cuantos por algún otro defecto físico se ven imposibilitados de dedicarse al trabajo, sino también porción de personas sanas, ó inútiles *ficicios*, que saben amañar con perfección y maestría grandes padecimientos ó extraordinarias desventuras, que muevan el ánimo á compasión, sirviéndose para conseguirlo de medios y recursos que la moral rechaza, y que allá, en el interior de sus viviendas, combinan.

En ellas practican la manera de exhibirse, unos *ciegos*, *cojos* otros, *tullido* aquél, *manco* éste, esotro con una dolencia incurable y repugnante á la vista; aquélla, mal cubierta con andrajos, amamantando una criatura que toma en alquiler y denuncia el sello del raquitismo y la anemia

en todos los delicados miembros de su cuerpo; el ciego que, sin serlo, va acompañado, á guisa de lazarillo, de un pequeño de cuatro á cinco años, llevando en sus brazos otro de más tierna edad, que, hijos de sus compañeros de vivienda, no ponen reparo en prestarlos para la práctica de un comercio infame, siempre que, al finalizar la campaña del día, ese reprobado alquiler se compense con una parte de la limosna recolectada: esta es una y más vulgar manifestación de la indigencia callejera; luego sigue la explotación por aquellos que inventan, para sorprender á las personas piadosas y afectas á las prácticas religiosas, novelas de votos, misas y promesas que no cumplen, y en las que ni creen ni siquiera han pensado, pero que su instinto les dice que es uno de los resortes que con mejor provecho pueden tocar; después, otros demandan el óbolo caritativo en favor de la mujer ó la hija que va á dar á luz, y que, por consecuencia de ello, va á someterse á una operación peligrosa, y no tienen ni más recurso ni otro amparo que el de las «buenas y caritativas almas;» aquéllos piden para tomar baños ó aguas minerales, necesarios á combatir una dolencia que pone en peligro la vida del sér más querido del demandador de la limosna; luego de esta segunda, también abundantísima manifestación de la mendicidad, se presenta en escena el *sablísta*; pordiosero de diferente escuela y estilo al de los anteriores, por lo regular, no invoca el santo nombre de Dios; para sacar jugo echa mano de otros recursos que, si no tan piadosos y movidos á compasión como el de los anteriores, les produce, en cambio, más lucrativo resultado, por ser más reales y efectistas las invocaciones de que se sirven; pordioseros dotados de cierto realismo y de alguna instrucción, adoptan un estilo especial para presentarse; su oratoria de guardarropía es el arma que mejor esgrime, y más cortés, mejor trajeado que sus compañeros en indigencia, á los que miran con despiadado desdén, acude á todas partes, aborda á cuantos á su paso encuentra, invade las oficinas y escritorios, utiliza cualesquier fausto suceso de

familia, un casamiento, el santo del jefe de la casa, el natalicio de un nuevo hijo, el ascenso, si toca la lotería, si se gana un pleito (cosa muy difícil, dada la urdimbre de la legislación en la materia); y, en fin, cuanto pueda ser vulnerable y se preste á lo explotable, todo, todo lo aprovecha; y muy fino, atento y cortés, interesándose mucho por la salud y prosperidad de todos, espeta una historia que á su capricho forja, ó en atenta carta la describen, y sorprendiendo así al que abordan, es muy raro el que deje de alcanzar lo que se propone; estudia y planea su composición de lugar y de tiempo; averigua, indaga, atisba y sabe lo que ha sido, lo que es, la profesión, la fortuna; todo, en fin, cuanto ilustrarle pueda para *sablear* á tiro hecho á la persona á quien se propone dar el *cintarazo*, y así vive feliz, contento é independiente.

Estas, aunque muy sucintamente descritas, son las más salientes fases en que puede dividirse la mendicidad callejera, contra la cual son insuficientes los esfuerzos y recursos que para perseguirla y aminorarla hace la beneficencia oficial y privada.

No reseñamos ni entramos en la crítica de la indigencia *vergonzante*, de la indigencia verdad, porque esa reconoce casi siempre por causa una serie no interrumpida de tristísimas circunstancias, y los desventurados que las sufren merecen toda nuestra conmiseración y toda nuestra simpatía misericordiosa, y además el que se ejercite cerca de ellos la hermosa acción de «socorrer al desvalido.»

Hecha esta salvedad, necesaria al objeto de no confundir el pordiosero de oficio del que lo es por excepcionales y contrariedades adversas de la vida, estudiemos esta dolencia en su aspecto social y en cuanto de perturbador tiene en la progresiva y ordenada trayectoria de los pueblos.

No puede dejar de reconocerse que, así como la *vagancia* arrebatá porción de brazos útiles y necesarios al desarrollo y fomento de la Agricultura, de la Industria y de las Artes, incapacitando á porción de seres que podrían

dedicar á esas fuentes de la riqueza pública sus energías y aptitudes, predisponiendo, en cambio, sus inclinaciones é instintos para todo cuanto sea perturbador, de igual manera la mendicidad callejera influye visiblemente en desviar de aquellos elementos productores á cuantos la toman por su única y diaria ocupación.

Acontece generalmente que el mendigo de profesión es uno de los muchos y variados desprendimientos de la vagancia, y que esto así sea, es cosa tan clara, que no puede ofrecer duda alguna; con efecto, el sér que desde sus primeros días desarrolla su inteligencia y aptitud en aprender á implorar la limosna pública, que no ha recibido otra educación que la plañidera de mover á lástima, ¿cómo va á pensar, cuando llega á la edad de la razón, en cosa distinta á la de continuar viviendo en idénticas condiciones y por iguales procedimientos de los que hasta entonces ha usado? ¿Cómo va á preocuparse del deber que Dios impuso al hombre de conquistar con el sudor de su frente, por medio del ejercicio de sus fuerzas físicas, ó con el de su inteligencia, el diario y obligado sustento? ¿De qué manera va á procurarse medios de adquirirlo por los procedimientos honrados del trabajo, si este verbo y su aplicación gráfica le es desconocido, y, si alguna vez ha llegado á sus oídos, ha sido en són de mofa y vilipendio?

No es posible: los seres que en ese medio ambiente se nutren, no pueden nunca ser honrados obreros; se opone á ello, á más de la natural resistencia al régimen y sujeción del trabajo, el hábito, la costumbre adquirida en el ejemplo de sus mayores, y la carencia de aptitud en sus organismos para aplicarla á todo lo que sea contrario á la vagancia en que se han nutrido, y con la cual se han vigorizado.

Por esto se presenta á nuestras miradas esa no interrumpida serie de cuadros que ofrece la mendicidad pública, en los cuales se destacan seres inocentes que mueven á lástima y compasión, aunque hacen pensar al mismo tiempo con desagrado en el porvenir que el destino reservará

á criaturas que, criadas así en el arroyo, en él recogen sus enfangadas impresiones, precursoras de la ausencia de todo sentimiento tierno y delicado.

Todos los días ven nuestros ojos, en los lugares más públicos y de mayor circulación, mujeres que, faltas de vista, tienen, sin embargo, dos ó tres hijos, como resultado de su unión con hombre que há igual infortunio, y lleno nuestro espíritu de amargura al contemplar tan inconcebible como extraña unión, no hemos podido menos de censurarla y de pensar en la finalidad de criaturas que así comienzan el recorrido de su peregrinación en la tierra, sin más amparo ni guía que unos padres ciegos y faltos de toda clase de condiciones y recursos para hacer de ellos miembros útiles á la sociedad, que desfila inadvertida por delante de esos seres, contentándose á lo sumo con arrojar una moneda de cobre en la falda de la mendiga, creyendo con ese desprendimiento haber cumplido con la máxima misericordiosa de «Dar de comer al hambriento,» cuando en realidad los limitados esfuerzos caritativos personales no sirven sino para fomentar esa mendicidad, que se presenta cada día más sensible su pesadumbre y más imposible su corrección.

Filántropos han existido, y existen en la actualidad en todas las sociedades cultas, que se han propuesto la hermosa misión de aminorar esta dolencia en un círculo reducido á su localidad, destinando á fin tan meritorio una parte de su fortuna; y cuando, después de haber hecho el sacrificio de desprenderse de ella, han vuelto satisfechos á sus moradas por haber creído sacar de la miseria por tan liberal modo á familias que de todo carecían, su filantropía hase visto defraudada á los pocos meses de haberla ejercitado, encontrándose, al visitar de nuevo á las objeto de su liberalidad, con que, lejos de conservar lo que de manera tan humanitaria como benéfica les habían proporcionado, su situación era la misma que la del día en que hiciese el sacrificio por sacarlos del mismo estado en que las hallaran.

Los poderes administrativos, que, en opinión nuestra, son los llamados á estudiar los medios más adecuados para reducir la mendicidad á su verdadero límite (1), han dedicado parte de su iniciativa y solicitud á la creación de Asilos públicos y benéficos, en los cuales son recogidos porción de mendigos públicos, que es muy difícil, si no imposible, retener en ellos, por la falta de costumbre á sujetarse al régimen y disciplina interiores que en los mismos determinan su reglamentación; siendo, generalmente, los que se atemperan á su ordenada rigidez los verdaderos pobres, los que no han hecho de la limosna oficio, los que han ido á la indigencia por causas que no les son imputables; pero el mendigo de profesión, ese no cambia el dormir á la intemperie, el mendrugo ó los cinco céntimos que al azar recoge, ni su libertad de bohemio, por el relativo bienestar que el Asilo benéfico que le acoge le prodiga.

Porción de éstos existen, no escaso número de establecimientos y Sociedades benéficas funcionan y se hallan instituidas, y apesar de ello, la mendicidad progresa de una manera por demás exagerada. ¿En qué consiste? ¿O á qué causas obedece este crecimiento de la mendicidad pública? Cosa es, en verdad, muy difícil de determinar por su complejidad y por la serie de concausas que han contribuido y contribuyen á su fomentación; pues si es cierto que la desigualdad en las fortunas trae su origen desde una edad remota, no deja también de serlo que esa desigualdad no ha sido obstáculo para que en todas las épocas y circunstancias se hayan buscado los medios de conjurar ó aminorar sus efectos, sin que, hasta nuestros días, haya habido posibilidad de conseguirlo.

Escuelas filosóficas distintas hanse ocupado en el estudio de esta cuestión; la filosofía moral la estudia desde este aspecto, considerándola como una consecuencia natural en el estado del hombre; que la sociedad, llenando sus deberes con los necesitados, y basándose en las máximas

(1) Así ha hecho el Municipio de Sevilla, estableciendo la Asociación de la Caridad.

evangélicas, en la doctrina de Jesús, en el amor del hombre y al del prójimo como á sí mismo, y en el precepto de ejercitar el bien por cuantos medios el hombre social tenga á su alcance, y en la fortaleza de espíritu para llevar la pobreza con resignación; debe ser aspiración de la solitud cristiana procurar aminorarla por medio de las prácticas caritativas que la misma aconseja, al objeto de que el verdadero necesitado lo sea menos, y no carezca siquiera del *pan de cada día*, como lo pide el cristiano á Dios cuando hasta El eleva esa hermosa y universal oración dominical con que lo saluda cada día; la filosofía racionalista, al contrario de la moral, razona sobre esta materia de opuesto modo; para ella el hombre vive, por causa del hombre social, en un estado de desigualdad irritante; las riquezas hállanse mal distribuidas, no existe justa equidad; pues así como las naturales, todos por igual las disfrutan y á todos vivifica y da calor el sol, de igual manera la fortuna, el *oro*, debería estar distribuido de modo tal que no existiera el mendigo, el cual, dice, nace del abandono en que la sociedad lo deja y del indiferentismo con que mira á esos sus miembros, que los desprecia por lo mismo que no pueden contribuir á su brillo ni al desarrollo de su riqueza social; para ella las instituciones benéficas no satisfacen el fin social del hombre, el cual no ha nacido para vivir en la miseria, lleno de privaciones, ni de la *sopa* de un Asilo, ni tampoco para el rudo trabajo que lo identifica al bruto; los hombres iguales en aptitudes, en inteligencia, en necesidades y en aspiraciones, deben ser iguales en la *naturalidad* de la vida, del mismo modo que lo son ante la Naturaleza; todo lo que esto no sea es una irritante y desnaturalizada desigualdad que el hombre tiene que romper, por ser impropia á su estado y al fin para que fué nacido.

Doctrina perniciosa ésta, que, aceptada por extraordinario número de simpatizadores que así piensan y raciocinan, ha dado margen y ha abierto dilatados horizontes á la aceptación de esas teorías disolventes, amparada por

la escuela *anárquica*, como la más apropiada y segura de dar solución al fin que el racionalismo moderno asigna al hombre.

No aceptando desde luego, y en absoluto, la teoría racionalista, por desviarse de todo en todo del fin moral y cristiano en que los hombres han de fundamentar sus acciones, es indudable que el hombre sólo, aun el más filántropo, no cuenta ni tiene medios para aminorar la mendicidad, de igual manera que no ha podido extinguirla ni la beneficencia oficial ni la privada.

Podrán, acaso, ambas reunidas, contribuir á que sea menos perceptible; pero llegar al logro de su extinción, eso nos parece de tanta imposibilidad como la de detener el movimiento de la tierra.

Pero (y es el objeto principal de estos perfiles) lo que sí debe combatirse, lo que el Estado no debe mirar con indiferencia ni consentir que prospere, como la bola de nieve, es la mendicidad callejera, que nace de la vagancia, por ser la que contribuye á la decadencia de las naciones, la que da origen á la delincuencia, la que fomenta los vicios y la relajación de las costumbres; y, por último, la que más simpatiza, se acerca é identifica con la doctrina anárquica, que en tanto peligro tiene á las sociedades modernas.

La mendicidad se encuentra más arraigada en nuestro país que en otros; las estadísticas que tenemos á la vista así lo pregonan; pues en el censo de la población de España, referente al año de 1889, se eleva el número de mendigos asilados á la cifra de 91,226; y hay que tener en cuenta que esa cifra no abarca los que viven de la limosna callejera, pues que la inmensa mayoría, sin domicilio fijo, se compone de un núcleo de población flotante muy difícil de empadronar, y, por consiguiente, esa dificultad influye en limitar considerablemente el número de los comprendidos en esa clasificación.

Que la mendicidad, como hemos indicado, se halla más arraigada en nuestro país que en otros, obedece, en sentir

nuestro, á distintas causas, no siendo las que ménos han influido el descubrimiento de América, nuestro carácter aventurero y batallador, la despoblación de España por la expulsión de moriscos y judíos, que dedicaban sus aptitudes á la agricultura y al comercio, elementos de producción y de riqueza que cayeron desde entonces, y por esa causa, en completo descuido y abandono; y por último, la guerras de Italia determinaron un muy perceptible decrecimiento de población, que dió margen á la escasez de brazos para la agricultura, aumentando considerablemente el número de los *hambrientos* y de los *vagos*, los cuales, en vez de proseguir la labor mantenida por moriscos y judíos, ó se agregaban á los expedicionarios para la conquista de América, ó pelear en Flandes, conformándose los menos resueltos con sumarse en el montón anónimo que acudía á la puerta del convento en busca de la *sopa*, que, sin riesgo alguno, tenían segura y no había de faltarles.

Así crecieron porción de generaciones; así por mucho tiempo continuó viviendo en la *vagancia* y el *abandono* la masa de población llamada *picaresca* en aquel entonces, y así en nuestros días prosigue sus pasos ese numeroso ejército de pordioseros, que se acogen á la limosna pública y que aceptarían también la *sopa* de algún establecimiento benéfico, siempre que le dejaran en libertad para vagar por calles y plazas.

De lo expuesto puede inferirse que la mendicidad pública en España, antes de disminuir porque hayan desaparecido las causas contribuyentes á sus proporciones y desarrollo, continúa su progreso; pues ni los poderes absolutos pasados, ni los gobiernos constitucionales presentes, hanse ocupado en buscar remedio eficaz para contenerla y evitar de paso los quebrantos que á una nación reporta ese considerable núcleo de elemento indigente, que, alejado de todo trabajo útil, no debido á causas físicas ni naturales, sino por costumbre histórica, continúa viviendo sobre los mismos moldes que trazados les dejaron aquellos que cifraban su esperanza y confiaban su porvenir á la *sopa* conventual.

III

LA EMBRIAGUEZ

Otra de las dolencias sociales más arraigadas en los pueblos, por remontarse su origen á los tiempos primitivos, es, sin duda, la que sirve de epígrafe á este capítulo.

Existen sociólogos que le asignan inusitada importancia, considerándola como factor obligado y patrimonio de las clases más incultas de la sociedad, á cuyo amparo se acoge también ese elemento callejero que vive de la limosna pública y que le presta mayor contingente.

No tenemos la petulancia de discutir esa opinión, contraria en todo á la que nos proponemos desarrollar; pero, desde luego, hemos de decir que, tomando la embriaguez desde su verdadero aspecto social, es, ó una *manifestación del vicio*, si se considera al hombre dominado por su influencia, ó una *necesidad de su naturaleza*, ante cuya poderosa sugestión no tiene otro remedio que doblegarse; circunstancias ambas demostrativas de que la dolencia que estudiamos es, generalmente, apreciada como un vicio ó defecto en quien tiene la desgracia de dejarse arrastrar por sus atractivos.

Estimar la embriaguez como patrimonio de los ele-

mentos sòciales más degenerados, cuando es defecto cuya generalización se extiende á todas la esferas de la sociedad; es, sencillamente, contrario á la realidad, y por ello nuestro criterio no puede armonizarse con el de los que sostienen aquella opinión.

Lo que hay en esto es que la manifestación de este vicio se encuentra en razón directa con el grado de cultura adquirido en quien por él se siente sugestionado, y por eso las clases más incultas no ponen el menor recato para reservarse de que las gentes las vean bajo la influencia alcohólica que las perturba, y sin empachos de ninguna clase, de taberna en taberna se exhiben en las calles, donde son motivo de las grotescas burlas que el público maleante les prodiga.

Las clases de inteligencia cultivada no gustan de que sus defectos viciosos salgan á la superficie; esto es, se cuidan de las apariencias, y aunque muchos se entregan con demasiada frecuencia á las solicitudes de ese vicio, no se lanzan á la calle en lamentable estado de embriaguez, ni á la luz del día van de taberna en taberna libando copas de aguardiente; varían de procedimiento; las frecuentan á las altas horas de la noche, se emborrachan con bebidas más delicadas y gustosas al paladar, y por eso sus efectos perturbadores no se presentan en su organismo tan inmediatamente como en el de los que usan el *amílico* para sus libaciones, sin que esto obste para que, cuando toman el gusto á la cosa, y se sienten intrigados por la poderosa atracción de los espíritus alcohólicos, echen á un lado el convencionalismo social, y sin preocupación de ninguna clase, sigan idéntico derrotero y copien en todo á las clases ineducadas que abusan demasiado de aquellos excitantes.

La embriaguez influye de manera pasmosa en el individuo y en el maleamiento de sus costumbres; el hombre solicitado constantemente por las bebidas espirituosas es materia dispuesta para todo; pues, dando vigor á su cerebro, y excitados sus nervios por la influencia que en ellos

ejercen, inclínase con facilidad pasmosa á la ejecución de hechos y actos que, fuera de ese estado anormal, es casi seguro no llegaría á realizar.

Muchas de las faltas ó actos ilícitos que el hombre comete en determinadas ocasiones reconocen por motivo un estado de perturbación nerviosa y cerebral operado en su organismo por el uso frecuente del alcohol; multitud de procesos confirman que los sometidos á ellos como autores, si han obrado mal y delinquido, fué por hallarse en un estado de anormalidad que los Códigos estiman como circunstancia atenuante (cuando no es habitual) del delito imputado, y como medio de aminorar la pena, que sin esa atenuación habría de imponerle en mayor grado.

Los atentados ó faltas que el hombre realiza fuera del estado de perturbación alcohólica revisten distinto carácter; pero las *lesiones*, el *escándalo*, las *imprudencias temerarias*, el *desacato* á las autoridades, la *provocación* y otros, es evidente que se producirían en bastante menos número del que figura en los anales de la delincuencia á no concurrir esa circunstancia.

De igual manera que predispone su espíritu y su temperamento para la comisión de esos actos atentatorios á la seguridad de las gentes, inclina al hombre también á la intemperancia, al deseo inmoderado de satisfacer sus pasiones excitadas, y á cuanto, en fin, envuelva algún goce material ó de los sentidos.

No es esto decir que aspiramos á la proscripción del uso de las bebidas alcohólicas, no; señalamos las consecuencias de su abuso excesivo, por estimarlo pernicioso para la salud del hombre; pero por lo demás, ¿cómo hemos de censurar el que, con prudencia y sin exceso, las acepte el hombre, si un proverbio bíblico dice «dad bebida de dátiles al que esté triste, y vino al que tenga el ánimo lleno de amargura; beban y olvidarán sus necesidades y no recordarán sus dolores?»

¿Pero es, acaso, que este proverbio recomienda y aconseja en un sentido lato que el hombre, para fortalecer su

quebrantado espíritu, ha de abusar del vino ó de cualquiera otra bebida, hasta el punto de someterse á un estado de embriaguez diario y permanente? Nada más distante de eso; el proverbio citado aconseja, recomienda, que den *vino* al hombre que se halla en un estado excepcional de espíritu; lo recomienda como lenitivo á su amargura, mientras su espíritu se encuentra abatido por la pesadumbre de ella; mas fuera de ese excepcional estado, en el normal, el proverbio no ha podido nunca aceptarse, ni fué aceptado por el pueblo hebreo como medio habitual del hombre; pues desde el momento en que con tan lata interpretación pudiera admitirse, habría, necesariamente, que convenir en que se proclamaba con él la aceptación de ese vicio, lo cual no puede, en manera alguna, pensarse.

Lo expuesto nos sugiere la certidumbre de que la inmensa mayoría de cuantos se sienten influidos por la pasión alcohólica desconocen aquel precepto, así como estamos persuadidos de que también no escaso número de los que gustan las bebidas espirituosas para ahogar con ellas sus cuitas, ó para atemperar una situación llena de desdichas y contrariedades, lo hacen por instinto y sin tomar para nada en cuenta el proverbio antes citado.

Entrando ahora en otro orden de consideraciones sociales, relacionadas con el uso de las bebidas espirituosas, tampoco negamos la necesidad en el hombre de aceptarlas como medio de vigorizarse y como elemento reconstituyente en el desgaste de fuerzas físicas y cerebrales que en él se opera con la constante labor del trabajo muscular diario.

El obrero, sea cualesquiera la clase de faena en que se ejercite, trabaja con los nervios tanto ó más que con la fuerza muscular, y como su alimentación es insuficiente á reparar el desgaste de aquel esfuerzo diario, ha necesidad, para combatirlo y equilibrarlo, de acudir á los excitantes alcohólicos, con los que, á más del placer que se proporciona, halla también estímulo y fuerza para proseguir en la diaria labor.

El placer, como el trabajo, tienen su lugar de término en el cerebro; su intensidad está en razón con la actividad que desarrolla este órgano, en el cual se detienen todas las sensaciones que se experimentan, de igual manera que llegan hasta él las emociones simpáticas, los pensamientos atractivos, multiplicados y transfigurados por la memoria y la imaginación. El cerebro cultivado de un hombre asemejase á un kaleidoscopo en movimiento, en el que sus paredes reverberantes producen combinaciones infinitas y cuadros maravillosos con un pequeño número de objetos; pero en el montón de los espíritus mediocres, en los cuales la sensibilidad está embotada, la memoria es tarda y la imaginación poco activa, el funcionamiento cerebral se siente fatigado y tiene necesidad de acudir, para tomar una actividad aparente, al excitante alcohólico, del cual usa con perniciosa frecuencia el obrero como medio de restaurar su gastado esfuerzo muscular.

No es de ahora que esto suceda, pues el hombre, en todos los tiempos, en todos los países y en todas las edades, ha buscado algún excitante que le sirviera para contrarrestar los efectos de su debilitación muscular, que reaccionara su estado de ánimo, de fatiga, de amargura, de atonía melancólica, excitando, para conseguirlo, su sistema nervioso. Los asiáticos lo han encontrado en el té y en el opio, los árabes en el café, los indios de América en el tabaco y la coca, los tártaros en la *koumiss* ó leche de jumento fermentada, los celtas y escandinavos en la cerveza y en el hidromiel, y los caldeos y los griegos en el vino.

Excitantes todos que tienden á reanimar la perdida actividad cerebral, consiguiendo, con la exaltación subjetiva que producen, que los pensamientos cambien, que los sentidos recuperen su sensibilidad y los músculos adquieran su necesario vigor.

Así se explica que la inclinación que los hombres sienten hacia los excitantes de todas clases sea tan vieja como el mundo es, y que su persistencia se mantenga mientras él sea; pero esto no es una razón que abone la convenien-

cia, ni la necesidad siquiera, de que se acoja por los hombres en la forma y proporciones que en nuestros días se propaga el excitante alcohólico, en los cuales no hacemos uso de él como aperitivo bienhechor, sino como excitante destructor de nuestro organismo, y como una desagradable manifestación del vicio.

Se comprende bien que el hombre aspire á recuperar el desgaste que se opera en su organismo cerebral y muscular con el uso moderado del excitante alcohólico, que presta actividad á su cerebro y vigor á sus nervios; pero lo que no se comprende, lo que no puede admitirse, es que, dominado por esa pasión, se entregue á ella en absoluto, y ella sea causa de que agote su actividad, su energía, embote su inteligencia, perturbe su razón, y que, además, por todo ese cúmulo de circunstancias insanas y perturbadoras, se convierta en un sér degradado y repugnante.

Desde este aspecto, el excitante alcohólico constituye una dolencia social de las más perniciosas en sus consecuencias y efectos, no ya por las que puede originar en el orden social, sino también por la perturbación y la intranquilidad que aporta al seno del hogar, en el cual se sienten con más intensidad sus efectos cuando llega á ser el habitual y corriente del que tiene á su cuidado las necesidades de aquél.

Y que esos efectos son mucho más sensibles y toman mayores proporciones en el hogar del obrero que en el del que cuenta con medios de fortuna, no tenemos necesidad de ponderarlo, pues es cosa que por nadie se desconoce.

Es, por lo expuesto, el abuso de las bebidas alcohólicas la dolencia quizá más inculta que puede aquejar á la sociedad, y sobre la cual los gobiernos debieran dictar enérgicas disposiciones encaminadas á contener sus perniciosos efectos, por consecuencia de los cuales—como ya antes indicamos—los atentados, en su inmensa mayoría, son su lógica y natural resultancia; con su abuso se embrutece y prostituye el pueblo en las tabernas, focos de inmoralidad y de prostitución; el exceso de las bebidas espi-

rituosas contribuye á debilitar en el hombre los hermosos sentimientos del amor á la patria y mata en su corazón atrofiado el cariño al hogar, y lo transforma, de *sér* inteligente y bueno, en despreciable ente; su lenguaje se convierte en groseras é incultas palabrotas, que repugnan y llenan de rubor á quien las escucha, siendo un peligro para la mujer pudorosa que tenga la desdicha de compartir con él los deberes del hogar y de recibir las caricias que, envueltas en el aliento hediondo que despiden los vapores alcohólicos, pueda prodigarle.

Que todo lo expuesto es la *característica* de la embriaguez, no puede ponerse en duda, ni menos que el hombre dominado por el alcoholismo se sienta inclinado á la realización de los hechos narrados, porque son los que á diario presencia y censura la parte sana de la sociedad, que no puede mirar con indiferencia el crecimiento pasmoso que adquiere ese vicio, sin que, ostensiblemente, se intente nada para contenerlo, ni siquiera para aminorar sus consecuencias.

Este abandono, este dejar pasar en negocio de tanta transcendencia para la familia, tiene necesariamente que influir en su perjuicio y ser concausa del sinnúmero de inteligencias que perturba y del contingente de brazos que arranca al trabajo; inteligencias que tienen como término de su finalidad lugar adecuado en algún manicomio, y brazos que, á causa de la comisión de algún acto ilícito, concluyen en la celda de algún establecimiento penal.

Para contrarrestar tales desastres, los escritores que se preocupan algo en las cuestiones sociales han creído que podrían aminorarse los efectos del alcoholismo reduciendo todo lo posible el número de tabernas; pues dicen, quitando el atractivo que ellas ofrecen, no estando tan al alcance de la vista del consumidor, claro es que la tentación y la facilidad de satisfacer aquel apetito se alejan, aumentándose, en cambio, cuando el número excesivo de aquéllas convida á que lo satisfaga.

No negamos que la reducción de tabernas influiría en

algún modo en el aminoramiento de la embriaguez; mas la reducción de esos establecimientos no vendría á influir gran cosa en el ánimo de los que se sienten dominados por la pasión alcohólica; pues el borracho habitual acudiría, para satisfacer ese vicio ó necesidad, á la única que existiera, y poco se habría conseguido con esa medida de previsión, aparte de que la tal medida podría revestir un atentado á la libertad industrial, coartando la acción é independencia del hombre para dedicarse al ejercicio de una industria que, sobre estimarse lícita, es, además, por su generalización, quizá de las más lucrativas.

La reducción del número de tabernas vendría, en todo caso, á ser una no despreciable medida de policía local, siempre que pudiera adoptarse sin menoscabo de la libertad industrial; mas como remedio general para contener y reducir la embriaguez, creemos que no puede asignársele gran importancia, por ser aquélla una de las manifestaciones más ostensibles del vicio, y claro es que éste no se quebranta con aminorar uno de sus atractivos, sino que es preciso comenzar por el tronco; y el tronco insano en todas las sociedades es la *vagancia*, contra la cual existe imperiosa necesidad de aplicar sin contemplación alguna medidas de represión, si es que las sociedades aspiran á verse menos expuestas á experimentar las consecuencias y efectos con que aquélla las persigue.

Relatados á grandes rasgos los perniciosos efectos que acarrea el abuso de los excitantes alcohólicos, vamos á ocuparnos en el estudio de otra dolencia social, que se enlaza perfectamente con la que acaba de ser motivo de nuestra crítica.

IV

LA DELINCUENCIA

¿Puede estimarse como una dolencia social, ó es simplemente manifestación ó consecuencia natural del vicio, en una de sus variadas y múltiples fases, el tema que va á ser motivo de nuestra crítica?

Para nosotros, y dentro del criterio como estudiamos estas cuestiones, es indubitable que la delincuencia, al igual de todas las dolencias que tienden á perturbar á la sociedad, llevando á su conjunto alguna intranquilidad ó desasosiego, puede clasificarse en el grupo de las sociales, bien porque la realización de los hechos punibles con que se distingue son contrarios á las leyes, cuanto porque la moral reprueba en absoluto la comisión de hechos en los cuales el exceso de su número, la frecuencia con que se verifican y las circunstancias que en ellos concurren, determinan por modo inconcuso el grado de cultura y moralidad de un pueblo, así como el de su *sensibilidad*.

En los pueblos cultos, en los que las costumbres no han llegado á desnaturalizarse ni pervertirse; en los que aún se sostienen arraigados los sentimientos del amor al hogar y sienten rubor en cometer actos contrarios á las buenas costumbres; en los que las inclinaciones de los ciu-

dadanos no se sienten solicitadas ni dominadas por los atractivos del vicio en sus múltiples y diferentes seducciones, en esos, ni la *vagancia* ni la *embriaguez* acusan las proporciones ni el progreso que en los otros cuyos ciudadanos no se hallan adornados de aquellas virtudes, y en que, atentos no más que á satisfacer sus pasiones y apetitos, se consideran rebajados si no alardean de esos defectos, que son *bien vistos* por el medio social en que esos seres se desenvuelven, y en el cual medio, para alcanzar patente de valimiento, hácese preciso acreditarlo por medio del *argot* chavacano en que se expresan, y por los *chirlos* más ó menos auténticos que marcan la piel y que son señales indudables en quien las ostenta de que han ocupado preferente lugar en algún penal, y de que han sido y continúan siendo hombres de pelo en pecho y con alientos para repetir cien veces las hazañas que sus *chirlos* testifican.

Es un muy gran error social la creencia de que á los pueblos debe confiarse la moderación de sus costumbres, sin que los poderes públicos den la pauta en la modificación de las mismas.

Los pueblos, como los niños, necesitan de una dirección constante; en todos ellos la masa menos culta se dirige frecuentemente por los caminos que menos resistencia ofrecen á la satisfacción de sus apetitos, los cuales, al no ser contenidos en los primeros momentos de su manifestación, es muy difícil, si no imposible, el apartarlos de ellos luego de gustados y satisfechos en la manera y medida en que los gusta y satisface ese núcleo de población inculta que no se detiene ante el delito si con él halla medio de dar satisfacción á su deseo.

No se crea por esto que, al referirnos á los pueblos cultos, lo hacemos de aquellos en que su progreso y adelanto industrial hacen que figuren á la cabeza de los que hemos convenido en llamar de *primer orden*, puesto que la cultura de un pueblo no es prudente medirla única y exclusivamente por el grado de adelanto alcanzado en el desarrollo de su comercio, de su industria ó de su agri-

cultura, elementos económicos innogables de su *riqueza*, y hasta de su *prosperidad*, pero no indicadores de sus morigeradas costumbres; pues, de ser así, los grandes centros de población de los pueblos más industriales del mundo, como Londres, Berlín, París, etc., que llevan la dirección del progreso en sus industrias, en su comercio y en otra porción de elementos derivativos del moderno adelanto, fueran los más sobresalientes en la moralidad de sus costumbres; y éstas es sabido que son demasiadamente libres, y sus vicios en las clases sociales menos educadas alcanzan un grado de prostitución inconcebible.

Esto indica que la cultura social de un pueblo abarca puntos completamente opuestos y complejos, que no es conveniente confundir, y por ello nuestra opinión de que el *grado de progreso industrial* no es la medida para apreciar si el que ha llegado á su limite en este punto puede hacer alarde de cultura en todas las distintas y complejas fases que ésta comprende.

Para nosotros, la ética de un pueblo, desde el punto de vista social, contribuye en gran manera á su ilustración y moralidad, según en la forma en que se le considere, ó en razón á la aplicación que quiera ó deba asignársele.

Una sociedad cuya trayectoria en su industria es progresiva, tiene una ilustración distinta á la de otra en que se encuentra estacionada; el movimiento obrero de aquella es mucho más activo, agitado é innovador que el del segundo; en la primera el obrero y el mecánico no se detienen ante innovación alguna que se introduzca en la aplicación de un artefacto, si contribuye al fomento de la industria en que trabaja; en la otra, cualquier empece, la más pequeña modificación mecánica, es bastante á intranquilizarlo, y para que su actividad se enerve, en la creencia de que aquélla va á servir de adición á su malestar y á ser causa de su ruina.

La mayoría de las gentes llaman *cultas* á las sociedades que mas progresan, sin tomar para nada en cuenta si ese progreso influye poco ni mucho en el de sus costumbres,

en el desarrollo de sus pasiones ó en el de la satisfacción de sus vicios; la miran por fuera, y sin más ahondar, las proclaman como dignas de ser, no ya imitadas, sino admiradas.

La ética de un pueblo de costumbres sanas y de una cultura social más educativa que industrial, preséntase á la mirada del observador más pacífico, más tranquilo y menos nervioso; sus vicios no se transparentan tanto, son más reducidos y sus efectos menos perniciosos, ya porque el círculo en donde se desarrollan es más reducido, ya también porque no existen grandes masas de obreros que los secunden, y porque, teniendo, además, distinto concepto de la dignidad y del fin moral del hombre, procura contener sus pasiones en un prudente límite, no dejándose arrebatar por la seducción de las mismas. La cultura moral ó educativa contribuye de una manera eficaz en la incomisión de actos punibles, que no se realizan con tanta frecuencia en estos pueblos como en los otros; obsérvese, si no, cómo en medio de la actividad industrial de un pueblo, los actos ilícitos á que se entrega son mucho más frecuentes, los vicios más acentuados y bastante más extendidos, dándose el caso, según un observador (Mr. Hiernaux), de que, cuando en París alcanzaron un fabuloso desarrollo las obras públicas y construcciones de todas clases, fué precisamente cuando la embriaguez y la comisión de ciertos actos se registraron en mayor número.

De lo cual puede inferirse que el progreso de las industrias, el fomento de la agricultura, el mayor impulso que pueda darse á las construcciones públicas, serán signos demostrativos é indubitados—cosa que no osamos negar—de la riqueza y de la prosperidad material del pueblo que haya logrado conseguirlo; pero no influirá, seguramente, ni poco ni mucho ni nada, en hacer mejores á los hombres, y, por consiguiente, no se conseguirá con ello siquiera que el *vago* ni el *borracho* se alistén en las banderas honrosas del trabajo, prefiriendo continuar en su vida vagabunda y suelta á la ordenada que la diaria labor le impone.

Hecha esta ligerísima digresión, que acaso no encaje en los moldes de este capítulo, pero que hemos creído pertinente al objeto de diferenciar la cultura educativa de la industrial de un pueblo, con relación al desarrollo de sus costumbres, comencemos á desarrollar el tema propuesto, desde el punto de vista educativo, ya que en poco deben tenerse en cuenta los signos de prosperidad enunciados, puesto que no guardan ligazón alguna con el fin y tendencia de este escrito.

Tomada desde ese objetivo la cuestión, es casi seguro que la *delincuencia* en los pueblos obedece á un defecto de educación moral, que, adicionado con la *vagancia* y la *embriaguez*, sus fuentes más fecundas, influyen en que sus elementos sociales ineducados no se detengan ante la ejecución de ilícitos atentados, que en el orden penal y jurídico ofrecen fases y caracteres distintos, según las circunstancias, el momento y motivos que mueven al hombre para su comisión, siendo por ello necesario hacer la debida distinción entre el *atentado ilícito* ó el *delito*, entre el criminal que arroja el vicio ó el que delinque por un azar de la vida.

Definamos, pues, qué se entiende por uno y otro.

Atentado ilícito (1) es toda acción que el hombre ejecuta y que pena el Código, inspirado por el egoísmo y por la pasión, y con el propósito de causar un daño cierto, bien en las personas ó ya en los bienes ajenos.

Delito es una acción también penada por las leyes é inspirada, no por el egoísmo, sino por una idea, un sentimiento, una pasión común, cuyo fin es hacer triunfar una causa, y en la cual entran una ó muchas personas.

Como esta definición (2) del *delito* se relaciona con la acción de hechos en que, generalmente, es necesaria la intervención de más de una persona, y casi siempre obedece á la persecución de un objetivo político ó religioso dentro del

(1) Así define el crimen doña Concepción Arena; nosotros aceptamos la definición con la variante con que la encabezamos.

(2) Con la cual no estamos muy conformes, por entender no es la más apropiada; la damos tal y como la define la antes citada señora.

organismo de un Estado, en el cual—según doña Concepción Arenal—no entra para su ejecución, como factor obligado, el *egoísmo*, sino otros sentimientos más elevados, que, dentro de la definición, podrán estimarse como mejores ó peores, pero que en su fondo ó dirección aspiran al fin de mejorar la situación política ó religiosa de un Estado, prescindiremos en ocuparnos de él, ya por no tener mucho que ver con el *delito personal*, ó delincuencia, cuanto por que esta materia, en armonía con su criterio, la dilucida con profundo sentido filosófico, en su libro *El delito colectivo*, la eximia escritora antes mencionada.

En el estudio que precede expusimos que muchos de los actos ilícitos y punibles que el hombre comete, reconocen como agente principal instigador de ellos la perturbación producida en su cerebro por consecuencia del exceso de los excitantes alcohólicos, que lo predispone á la ejecución de esos hechos, que en estado normal puede garantizarse no habría de cometer.

Acreditan la veracidad de la afirmación apuntada las estadísticas criminales que anualmente se publican; consúltense, y por ellas se vendrá en conocimiento de delitos cuya inducción á realizarlos no ha obedecido á otro móvil que el de encontrarse bajo la influencia alcohólica el autor ó autores de los mismos.

Las *faltas*, las *lesiones*, la *provocación*, el *escándalo*, el *desacato á la autoridad* y otros, provienen, en la mayoría de los casos en que se ejecutan, de aquel estado anormal del hombre; así como los crímenes que comete en cuadrilla á mano armada, ó con nocturnidad, reconocen por autores á seres envilecidos que arroja el vicio, y en los cuales el *egoísmo* y la *perversidad* obran como agentes y factores obligados.

El que delinque por un azar fortuito de su vida no puede considerarse criminal, ni sumarse con los que lo son, á causa de haber obrado en un momento de arrebató ó intrigado por circunstancias tan extraordinarias y ajenas á su voluntad, que hanle obligado, necesariamente, á faltar

á la ley penal, ya por la necesidad de defenderse contra una agresión injusta que pudo poner en peligro su vida, ó bien por defender su honra atropellada, ultrajada ó vilipendiada; en cualquiera de estas circunstancias, los actos bajo su influencia ejecutados no caen, no pueden caer, en la jurisdicción de los que reconocen por causa contrarios agentes, no inspirados en la maldad del vicio, sino por circunstancias sociales que en nada se compadecen con las que caracterizan á los verdaderos delincuentes.

A los seres que viven en lucha diaria con la ley penal no produce el menor efecto el correctivo que ella le impone; antes al contrario, en él encuentran ejecutoria de sus maleantes hazañas, siendo para ellos la frecuencia en visitar los establecimientos penales motivo de satisfacción. Sabido es que éstos, más que lugares de represión y modificación de costumbres y centros en los cuales el delincuente halle medios de corregirse y moralizarse, son, por el contrario, sitios de perversión é inmoralidad, por la amalgama en que viven criminales y delincuentes, que, medidos todos por igual rasero, vense confundidos el raptor y el contrabandista, el que delinquiró más por fragilidad que por malicia y corrupción, el que cometió algún atentado (que no es incompatible con la honradez) con el estafador, el asesino con el blasfemo, el incendiario y el perjuro con el monedero falso, y en fin, todo ese insano conjunto que la perversidad humana arroja de su cieno para que sirvan de huéspedes y parásitos en aquellos maleantes lugares.

No hay para qué ponderar los efectos perniciosos que esa mezcolanza y fusión, tan extraña como heterogénea, de crímenes y maldades ha de producir en el ánimo y en el espíritu de los que por vez primera, y acaso por un motivo fútil, tienen la desdicha de ser huéspedes (siquiera sea por reducido tiempo) de un penal, en donde se alberga tanto sér abyecto y tanto criminal reincidente.

Tampoco es demasiado que, respirando el ambiente insano que los correccionales emanan, se hagan perversos los que no lo eran, y perduren en su maldad los reincidentes.

tes, convirtiéndose de esta suerte los establecimientos penales en semillero de todo género de perversiones.

En los vagos de oficio, una de las primeras causas para ingresar en un correccional consiste en el hurto de un pañecillo ó de otro objeto de valor muy insignificante; van allí casi pervertidos, y durante su permanencia en él acaban de corromperse; y como por adelantado han perdido la *vergüenza*, la *dignidad* y el temor á la *penalidad*, el tiempo, aunque limitado, que están confundidos con los verdaderos criminales, de los cuales escuchan las narraciones de su accidentada vida, y la manera cómo aquélla se desarrolla, de las estratagemas de que se sirven y valen para probar su inocencia, la coartada que puede inculparle y la diferencia que media entre pronunciar un *sí* ó un *no*, que contribuye á variar en mucho los resultados de un proceso, salen, repetimos, casi adiestrados con todos esos detalles, dispuestos á delinquir para volver á reunirse de nuevo con aquellos sus compañeros, procurando llevar un nuevo atentado ilícito que referir á los veteranos del vicio, que, oyéndolos, aprueban sus aptitudes y los alientan para que prosigan engolfándose en la delincuencia, que, como hemos indicado, comienza por el hurto de un *pañecillo* y acaba por hacerlos autores de los más reprobados actos.

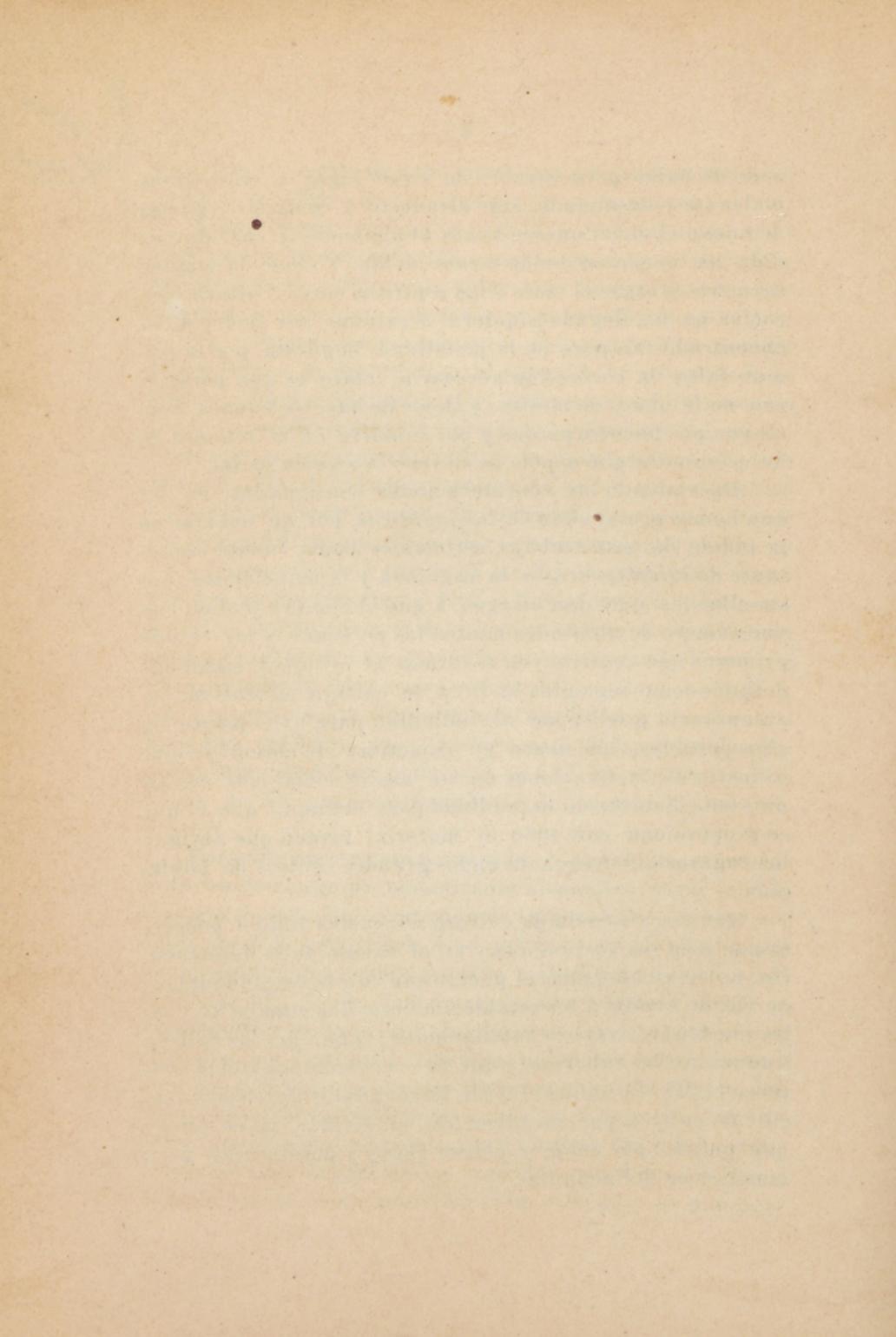
Parecida suerte está reservada á aquel que, sugestionado un momento por el excitante alcohólico, tiene la desventura de caer bajo la acción de la penalidad, ya sea por desacato á la autoridad, bien por lesiones en riña ó por cualesquiera otro accidente; si la embriaguez no era en él habitual, allí donde fué á purgar una pequeña falta, se familiariza con los criminales de otro tomo, aprende con ellos el *argot* carcelario, toma participación en los juegos, siempre interesados, con que distraen sus ocios los penados cuando burlan la vigilancia (cosa muy frecuente) de quienes los custodian, acabando por imitar en todo á aquellos desnaturalizados reclusos; y cuando retorna al seno de su familia y al de la sociedad, no es ni corregido ni avergon-



zado de haber permanecido en aquel lugar y entre gente maleante y desalmada, sino dispuesto á reincidir y gustar de nuevo el vicio, que en tanta abundancia y casi sin medida ha tocado en donde menos debía. Y como la maldad arrastra y atrae el vicio á los espíritus cuya cultura educativa no ha llegado siquiera á saludar sus linderos, ni encontrado tampoco en la penalidad impuesta por la primer falta la corrección necesaria, claro es que perseveran en la una y en el otro; y, lejos de hacerse buenos, concluyen por hacerse peores y por sumarse en el número de los criminales que expele de su seno la escoria social.

Resumiendo las consideraciones consignadas, en las que hemos prescindido de las *jurídicas*, por no encajar en la índole de este trabajo, estimamos como fuente importante de la *delincuencia* la vagancia y la embriaguez, por ser ellas las que dan margen á que el hombre realice mayor número de atentados contra las personas, y las causas primeras que contribuyen á formar al criminal, siguiendo después como segundas la falta de cultura educativa, cuya ausencia predispone al individuo para que ejecute hechos punibles, que acaso no cometiera de desenvolverse su instinto é inclinaciones en un medio social más educado y más distante de la facilidad para delinquir que el que se proporciona con todo el material insano que abrigan los lugares que frecuenta en los grandes centros de población.

Que esa ausencia de cultura educativa influye poderosamente en las costumbres y en el exceso de la delincuencia, no es extraño, pues el pueblo que ve que sus ciudadanos, en vez de acudir á los establecimientos docentes en los cuales pueden cultivar sus inteligencias, vagan por las calles y frecuentan las tabernas, y que en su censo de población aparecen 11.945,871 habitantes sin haber adquirido la menor noción de cultura por no saber *leer* ni *escribir*, no es mucho que pululen por calles y plazas vagos y pordioseros, para concluir en delincuentes.



V

LA PROSTITUCIÓN

Entramos en la crítica y estudio de otra dolencia social, que, por sus manifestaciones y por la manera en que se presenta á nuestros ojos, es acaso una de las más difíciles en su exposición, si hemos de ocuparnos de ella sin hipocresías y sin separarnos de la realidad á que se presta.

Procuraremos, no obstante lo escabroso de asunto de tanta delicadeza, amoldar este estudio á la tendencia moral que predomina en los anteriormente relacionados.

La *prostitución* se define diciendo que es el resultado de entregarse á la satisfacción de los deleites carnales, ó el de la degradación en que se cae cuando, por el vicio, nos entregamos sin recato ni pudor á toda clase de desórdenes.

Así, generalmente, se estima en la esfera social la prostitución, prescindiéndose de esa otra en que, por efecto de actos reprobados por la *moral*, llevan al hombre y á la mujer á que profanen los sentimientos más puros del alma, con tal de dar satisfacción á sus deseos concupiscentes y mundanales.

Este género de prostitución, que á la simple vista parece que en nada se compadece con la del abandono á la

impudicia, es, no obstante, tan escandalosa como aquélla, y en sus efectos y consecuencias mucho más perniciosa, á causa de que la órbita de su acción resulta más extensa y ofrece margen más atractivo para subyugar; ya también porque, en general, cuantos la utilizan disponen de medios extraordinarios, en que las víctimas que escogen sucumben seducidas por la posición de los que las halagan con promesas incumplidas, ó fascinadas en la esperanza de un bien alcanzado con el comercio de su hermosura.

De ambas vamos á ocuparnos, haciendo de paso ligeras referencias sobre su carácter y extensión en los antiguos tiempos, por más que hayamos de violentar nuestra pluma en una exposición que acaso repugne al gusto de las personas de honestidad exquisita.

La mirada social, en esto de la *prostitución*, se fija preferentemente en la de la mujer, sin duda porque ésta, prostituida, aparece más envilecida que el hombre, y sus consecuencias, por la maternidad, son en ella de resultados más transparentes y transcendentales al arrojar al seno social seres que, siendo hijos del amor ó del vicio, llevan en su frente marcado el *estigma* de su desventura, y la inconsideración con que la sociedad los mira, por ser, aunque inculpados, hijos del apetito carnal que satisface el hombre con la mujer liviana que hace mercancía de su hermosura para satisfacer su sensualidad, ó es víctima de los halagos del amor, entregándose al hombre que la prostituye y seduce, acaso por una reminiscencia del rebajamiento moral en que la tuvo en los pasados tiempos.

En la manera de apreciar estas circunstancias se llega á la conclusión de que, sin serlo, resulte la mujer más pecadora que el hombre, y que éste mismo, al juzgarla como crítico y juez, lo haga con dureza injustificada.

Para que así sea, existe, en nuestro sentir, un motivo de origen, el cual da oportunidad para estimar á la mujer más fácil y menos resistente que lo es el hombre; pues, solicitada constantemente por el deseo, la curiosidad y por la novedad de lo presumido ó desconocido, circunstancias

todas que influyen en su natural impresionabilidad, en su inconstancia, en su debilidad innata y en su predisposición á subordinarse fácilmente por el halago al amor del hombre, no es mucho que su fortaleza se quebrante y sucumba con más facilidad y con más frecuencia que la de aquél, del mismo modo que cayó halagada, seducida y encantada por las promesas de la *serpiente*, allá en el primitivo Paraíso, la casta y dulce Eva.... siendo ese pristino acto de fragilidad en la mujer primera la herencia legada á todas, y acaso la causa fundamental de la imponderancia civil en que la tuvieron los pueblos de Oriente, de la que ha sido redimida por la sociedad moderna, dignificándola y otorgándola derechos y consideraciones sociales que, con inhumana injusticia, aquéllos le habían negado.

Sea esta ú otra la causa que tanto influyó en el demérito de la mujer, es lo cierto que las sociedades antiguas son las responsables del rebajamiento moral en que se la tuvo por largo espacio de tiempo, y también de la severidad excesiva con que todavía se la juzga y censura, cuando por el halago del amor ó el de la oferta incumplida deja que profane el hombre el santuario de su castidad. Desde este momento la sociedad es implacable con la mujer caída: la estigmatiza, la desposee de consideración, la abandona; y ya en esa pendiente de abandono, si no tiene fortaleza bastante para hacer frente á la lucha honrada por la existencia, si no halla tampoco quien aliente y sostenga su espíritu quebrantado por el desengaño de un primer amor, ó por una primer falta, no es demasiado que, contrariada, engañada, abandonada y estigmatizada, se deje llevar de sus pasiones y apetitos, y, envilecida al fin, se preste á satisfacer los apetitos del primero que se le acerque.

La mujer *pecadora* que llega á ese grado de prostitución puede no ser responsable del rebajamiento moral en que ha caído, cabiéndole en ella una participación muy directa á la sociedad que así la abandona; porque, en vez de levantarla, la empuja y más la precipita en el fango

con que algún desnaturalizado y falto de sentimientos honrados la manchó, para que esa mancha sea ya por siempre eterna, y por siempre la ostente como signo de su debilidad y de su complacencia.

Sin duda que la mujer así considerada es el sér más desventurado de la sociedad, la cual se muestra implacable y despiadada con ella, sin considerar que las más de las veces, si peca, si se entrega al halago del hombre, es por *amor*, que en ella forma la ocupación constante de su vida y el sentimiento predominante de su espíritu; la mujer sin amor no se comprende; sin él su existencia sería la negación, la nada; por eso la vemos recorrer con apasionamiento la escala de todos los amores, desde los místicos á los profanos, desde los sublimes á los ridículos, y con igual facilidad del *misticismo* más elevado descendiendo, á veces, al *ridículo* más vulgar, que suele inspirarle un *falderillo* ó un *gato*; contrastes raros, indicadores de su volubilidad y de la situación de su espíritu y de sus *nervios*, que no la dejan vivir sin que se sienta solicitada por algo que dé variedad á su monótona y sedentaria existencia; una mujer ligera y vulgar admite cualquier amor que sirva para distraerla y quitarla el *tedio* que la devora; una mujer de talento, de cultura exquisita y gusto delicado.... esa.... cuando acepta, cuando se decide, luego de una lucha en la que, al fin, es vencida, porque ha nacido para amar, y ante el amor ni hay resistencia ni distinción de clases.... ama con vehemencia, con pasión; toda la febril actividad de su alma y de su espíritu, si han permanecido dormidos, al despertar con ese hermoso sentimiento que presentía, pero que hasta ese momento no había sentido en toda su sublimidad y pureza, se reconcentra en una sola aspiración, en un solo pensamiento: *amar*; y ama hasta el enloquecimiento....

Y como siempre ha sido igual; como en todos los tiempos y en todas las edades ha predominado en ella, por encima de todos sus sentimientos, el del *amor* y la *sensibilidad*, no es raro que las edades pasadas, en su dureza, des-

conociendo y sinsaber estimar la sublimidad de los simpáticos y hermosos sentimientos y cualidades que la mujer atesora, prescindiera de ellos, y relegándolos á subalterno lugar, la rebajara hasta el extremo de juzgarla como si fuera un sér incompleto.

Por esto la dureza con que aquellas edades trataron á la mujer, y de la que nació el falso concepto en que la tuvo, y que contribuyó en mucho á prostituirla y envilecerla; pues aun los pueblos más cultos é ilustrados de Oriente, como Babilonia, las leyes autorizaban su impureza, disponiendo que toda joven fuera en peregrinación, por lo menos una vez en su vida, al Templo de la diosa Milita para prostituirse en su honor al capricho de los hombres que acudían presurosos á gozar las primicias de su virginidad; y en Chipre, Cartago, Egipto, Siria y otros —dice Valerio Máximo— se hallaban sujetas las mujeres á idéntica profanación, sirviéndoles de dote el dinero que les valía la pérdida de su pristina pureza.

Grecia avanza más que ningún pueblo antiguo en su prostitución y en la de la mujer; es la cuna de su envilecimiento y la primera en establecer *casas públicas* de mujeres comunes á todos, encerrando en su Templo, destinado al culto de la *Venus Afrodita*, mil mozas del partido, ó *hierotulas*, para destinarlas al placer.

Por eso fué que Demóstenes, al expresar el estado civil de la mujer de Atenas en sus relaciones con el hombre, dijera: «Nos casamos para tener hijos legítimos—que ligitimaban las mujeres—y una fiel guardadora de la casa—la mujer honrada no podía presentarse en ningún sitio público, iba siempre cubierta, y rara vez salía á la calle (1)—y poseemos compañeras de tálamo para servirnos y cuidar-nos, y *hetairas* para los *goces del amor*.»

Como se ve, la mujer griega no era más que una máquina de engendrar y un perro cortijero; el hombre lo era todo: amo déspota y tirano; rebajada la mujer en su con-

(1) Véase «La Mujer ante el Socialismo,» por la eximia literata Pardo de Bazán.

dición moral hasta el grado inconcebible en que llegaron á colocarla los más civilizados pueblos de Oriente, no es de extrañar que Platón desarrollara aquella su célebre concepción sobre la mujer en sus relaciones con el hombre, indicadora por todo extremo del concepto menguado en que la tenía, pidiendo «la comunidad de mujeres y la procreación de los hijos reglamentada por la selección;» que Aristóteles proclamara «que debe ciertamente ser libre la mujer, pero estando subordinada al hombre, aun cuando no la negaremos el derecho de *dar un buen consejo;*» y, por último, que de la mujer casada dijera Tucídides: «La esposa de quien no se habla mal ni bien fuera de su casa, es digna de los mayores elogios; pero debe llevar una especie de vida *vegetativa*, que no *perturbe* en nada las *calaveradas* y *solaces* del hombre.»

Puede inferirse por lo expuesto el menguado concepto que los hombres más eminentes en saber de Grecia y Roma habían formado de la mujer; y no es raro, dadas concepciones tan atentatorias á su dignidad y á su estado civil, que la rebajaran al extremo de tomarla como sér incompleto, necesario sólo á la satisfacción de sus placeres, para inferirlas, luego de gustados, el agravio de despreciarla y deprimirla.

Por eso fué que en Grecia y Roma el desprecio sentido por el hombre hacia la mujer llegó al último extremo, y de modo tan impúdico é impuro apuraron aquellos pueblos el placer, que de manera tan fácil satisfacían en el templo consagrado á la diosa Hetaera, que sus costumbres se prostituyeron y envilecieron tan monstruosamente, que, no hallando ya en la mujer la satisfacción de sus gustos, preconizaron el amor entre hombres y con mancebos del mismo sexo (1), homogeneidad liviana y colmo del rebajamiento moral de pueblos envilecidos, que, sin embargo, Sócrates reconoció como «signo y privilegio de elevada

(1) La historia de Heliogábalo y Nerón confirman la monstruosidad de rebajamiento á que llegaron, y confirman cuanto sobre ese extremo decimos.

cultura,* y que, aceptado por los hombres de Grecia y Roma, se apresuraron para llevar á efecto aquel escandaloso contubernio, á establecer casas de hermosos mancebos, semejantes á las de las mujeres públicas.

Después de esto, ¿qué extraño era que, respirando atmósfera tan impura, llegasen aquellos pueblos al estado de abyección en que los sumió la sensualidad, y que sus hombres afeminados mirasen á la mujer con el desprecio y la indiferencia rayana en el olvido en que las dejaron, si ellos se bastaban solos para la satisfacción de sus gustos?

Así, todos aquellos pueblos de la antigüedad, Roma, Lidia, Atenas y tantos otros de Oriente, llegaron al colmo de su degradación y ruína; así sus mujeres descendieron al extremo de exhibirse en los más públicos lugares con vestimentas transparentes, denunciadoras de los atractivos que dejaban entrever para seducir con ellos á los mismos hombres que, habiéndolas antes prostituído, corrían al Templo de la Venus Afrodita para disfrutar las primicias de su pureza, pasaran por su lado sin que el hermoso y seductor conjunto de las veladas seducciones que la mujer en tanta abundancia guarda, fueran motivo de codicia para atraerlos ni seducirlos, prefiriendo, en cambio, las homogéneas que les ofrecían los mancebos de su mismo sexo.

.....

No abarca, indudablemente, en los modernos tiempos la prostitución el grado de sensualismo ostentoso ni de relajación que en los ya mencionados; aquellas inmorales leyes que imponían á la mujer la pérdida de su pureza la disculpaba y eximía de responsabilidad; pues si el precio de su pristina virginidad la servía de dote, y eran los hombres consentidores de su profanación, y profanadas las recógían y llevaban al santuario del hogar conyugal, si quiera fuese para que les dieran hijos legítimos, que dijo Demóstenes, claro que no era ella, sino la sociedad de entonces quien aminoraba la dignidad de la mujer, y sus

hombres quienes ponían todo de su parte para enajenarlas el sentimiento del pudor.

Desde este punto de vista, el estado social de la mujer en nuestros días no admite punto de comparación con el que le asignaban las sociedades antiguas; aboídas por la luz del Cristianismo aquellas deshonestas é impúdicas leyes, no es ya la mujer en los pueblos civilizados la *esclava* ni la *máquina* que sirviera sólo para engendrar; su condición se eleva, es dignificada, y la sociedad la señala el lugar distinguido, preeminente, que debe ocupar; ya no se enlaza con el hombre para la procreación de hijos legítimos, sino para ser una porción de él y carne de su carne, ocupando con los de morigeradas y morales costumbres excepcional lugar en su cariño y protección inagotable hacia su persona; quizás á esta justa superioridad otorgada á la mujer moderna, y con tanto gusto reconocida por la sociedad, sea que la crítica de hoy censure con más energía sus flaquezas, y la mirada social se detenga en ella con más *severidad* que en el hombre cuando se impurifica ó envilece; en los antiguos tiempos, la leyes fueron su prostitución; hoy, exentas de aquella impureza forzada, si se prostituye, si sucumbe, no se toma para nada en cuenta ninguno de los motivos que al comenzar este capítulo enunciamos, no se atiende sino á que fué débil y sucumbió....

¡Reminiscencias de pasados errores que, predominando aún en las sociedades modernas, no quieren proclamar la inculpabilidad de la mujer, aunque comprendan que continúa siendo víctima de su flaqueza y de su sensibilidad exquisita!

Hemos dicho que la prostitución moderna no puede compararse con la de las épocas ya relacionadas, porque su aspecto, su dirección, ostentación y sus formas, han variado por completo.

Entonces el hombre encontraba á la mujer resignada y empujada por las leyes religiosas, dispuesta al sacrificio de su profanación; hoy, aparte de esas desdichadas que se albergan en las viviendas del vicio, la mujer no está

obligada á prostituirse por ley alguna; antes al contrario, toda la tendencia social conspira á su dignificación, y por esto, sin duda, cuando es pecadora, la abandona; pero ese abandono, después de los esfuerzos hechos para elevarla, para codiciarla, contribuye, en nuestro sentir, á que por muchos se la continúe estimando como los griegos la estimaban, y para que su culpa revista esa intolerancia despiadada con que se la juzga; así es que, la mujer de nuestros días que cae, no se redime de su culpa; el hombre rehusa darla su apellido; se considera rebajado en su honra, en su honor, en su dignidad, si levanta á una desdichada que pecó por *amor*, aunque ostente otras virtudes anunciadoras de su *constancia y fidelidad* conyugal; y, sin embargo, ese *honor* y esa *dignidad* que el hombre en tanta estima tiene, la aja, mancilla y vilipendia cuando los rompe, y prescinde en absoluto de ellos para llevar á aquel estado á la mujer que, confiada en su halagadora oferta y palabra seductora, en un momento de sugestión hipnótica no tuvo fortaleza bastante para resistir....

¡Contrastes sociales que pasan inadvertidos apesar de la significación é importancia que para la mujer encierra, y que no más que ella experimenta sus tristes y desdichadas consecuencias!

Como apuntamos que la mirada social se destiene más en la mujer prostituída que en esa otra prostitución que profana los sentimientos más puros del alma, si esa profanación sirve á la satisfacción de los apetitos concupiscentes y mundanales, no es lícito concluir nuestra crítica sin ocuparnos en ella, siquiera sea con la brevedad y concisión más precisas.

Abarca tan extenso radio, y es tan variada en sus aspectos la prostitución que se relaciona con la satisfacción de los apetitos impuros, que son contadas las excepciones y raros quienes tienen energías suficientes para sustraerse á sus atractivos y sugestiones, ya por los no despreciables alicientes con que se adorna, como también por lo fácil que se cae en ella cuando la fortuna, la ocasión ó la ca-

sualidad, ponen al hombre ó á la mujer en condiciones de poder profanar sus sentimientos sin escrúpulo ni temor alguno social.

No sabemos, en asunto tan espinoso como este, qué será más pernicioso: si la prostitución por medio del poder, ó la que se opera por medio del amor; ésta, sin duda, se presenta más simpática, más humana, más natural; se cae en ella por la influencia de ese hermoso sentimiento que no hay sér humano que no deje de sentirlo en algún momento de su vida, la cual, sin él, carecería de uno de sus más bellos y simpáticos atractivos; la otra, no inspirada por aquel elevado sentimiento del alma, sino que reconoce por motivo la satisfacción, en muchos casos, del empeño del amor propio, y en otro la de los goces mundanales y de los sentidos.

Gran número de mujeres prostituídas, lo están, no por inclinación ni por el gusto de satisfacer un sensualismo incipiente, sino empujadas por el halago y la seducción, ó por la desesperada situación en que, con demasiada frecuencia, la coloca el hombre á quien se acerca en solicitud de un favor que puede otorgar, y, sin embárgo, no lo hace como no sea á cambio de profanarla; ó cuando, seducida por medio de mil ofertas halagadoras, que llegan á enloquecerla y deslumbrarla, se resigna á entregarse á quien así abusa de su influencia ó posición social, sucediendo que, una vez satisfecho por el hombre su deseo, se olvida de la sin ventura á quien hizo pecadora; y ella, que conserva vivo el recuerdo de ofertas, halagos y empeños de palabras incumplidas, si se sacrificó en aras de la miseria, ó para libertar á algún sér muy querido de una situación difícil ó angustiada, llora su desventura, recuerda con pesadumbre escenas anteriores olvidadas, que molestan al que las provocó, el cual concluye por arrojarla de su presencia, sin que se despierte en su alma el sentimiento de la *compasión* hacia una desventurada que, al obligarla á bajar el primer escalón del vicio, la precipita con su *indiferencia*, su *egoísmo* y su *abandono*, á que, sucesivamente, y

acaso de una manera inconsciente, descienda hasta el último en que llega á encenagarse. Todos los días se conocen abusos cometidos por hombres desnaturalizados y de costumbres relajadas, que, usando de su posición ó influencia oficial, realizan crímenes sociales contra la virtud de la mujer, que pasan inadvertidos, apesar de lo peligrosos que son para conservar el mantenimiento de las buenas costumbres y para la garantía de la mujer honrada, que se halla indefensa contra los ataques dirigidos á su *pudor* y *fidelidad* por esos *cazadores* que están al aguardo de las desdichadas que acuden al reclamo de su malsano amparo.

La sociedad, no obstante de que ve y sabe todo esto, que conoce á los autores de semejantes atentados y de ataques tan corruptores, los deja hacer, parece que no los advierte, y lleva su indulgencia y adulación hacia ellos hasta el extremo de mantenerles en la posición oficial que ocupan, y de estrechar su mano, sin pensar en que se hace cómplice de tamaña degradación, y que esa su complacencia y tolerancia sirve no más que para alentar y sostener en su corrupción á los seres que la ejercitan.

Y cosa que fuese rara, de no estar tan vulgarizada: cuanto más encumbrado se halla el hombre, cuanto más desahogada es su posición económica, cuanto el cargo público de que está investido le presta más significación y prestigio social, es cabalmente cuando la sociedad más lo disculpa, cuando más lo adula y cuando sus *perfecciones* mundanales son más felicitadas....

¡Contrastes humanos, reveladores de sus flaquezas y miserias!

Mas no se crea que el hombre que así llega á profanar á la mujer, y así la vilipendia, reduce su pernicioso influencia á ese único y doloroso extremo, no; la extiende y lleva por todas las esferas de la vida, su acción obra en todo cuanto pueda contribuir al logro de *fastuosidades* y *confort*, y su mano permanece abierta para recibir en todo momento el precio del favor hecho, de la credencial

otorgada, del cargo popular debido á su influencia política, y hasta del *cacique*, á quien protege para que lo sostenga en la atmósfera de poder en que vive envuelto y que sirve de manto cobijador de sus abundantes inmunidades.

Y esos hombres que así aprovechan su poder ó influencia, y de ese modo están prostituídos, hacen su trayectoria social con la mayor *frêscura*, sin cuidado alguno, garantidos en que esa clase de prostitución moderna ni es censurada ni se somete á la severidad de la crítica, porque falta quien se decida á arrojar el guante para sacarla de las penumbras en que se oculta, y en toda su desnudez presentarla á la mirada social, por si fuese posible que ésta le pusiera el sello de su desprecio y á sus explotadores en el olvido que se merecen.

Allado de esta que hemos calificado de *prostitución moderna*, y que, á su modo y manera, tan peligrosa es para la sociedad, corre pareja esa otra que se desarrolla y practica entre las gentes de las más ínfimas é incultas clases sociales, sin otra diferencia que los protagonistas de aquélla poseen un grado de cultura é ilustración bastante superior y saben cubrir las apariencias y guardar las formas, y aunque inmórales y corrompidos, aspiran á que sus actos aparezcan envueltos en la corrección más acrisolada, mientras que esas otras gentes que no han necesidad de esa *hipocresía social*, ni para nada la necesitan, se entregan sin miramiento de ninguna clase á su rebajamiento moral, y con igual *desvergüenza* se prestan á ser los amparadores de las ofensas inferidas á la mujer de quiénes son *cortejo* y que se albergan en las casas de *cortina*, que se acomodan á que la mujer subvencione sus necesidades y los mantengan en la vagancia más vergonzosa.

Hombres así degradados y de este tomo abundan que es un contento, y los albergan en sus entrañas todas las sociedades, y tampoco parece que ponen reparo en ello.

Se tropieza con otra porción de prostituciones que la sociedad tolera, aunque las leyes las proscriban, pues que,

para que éstas subsistan y sean eficaces es necesario que se hallen sostenidas por las buenas costumbres; mas cuando las sociedades dejan pasar inadvertidas las prostituciones que á grandes rasgos hemos enunciado, no puede pedirse ni la virtualidad ni la aplicación del rigorismo en que las leyes se informan, y por eso viven felices, contentos é independientes, los que se aprovechan en su explotación.

LA IMMORALIDAD

VI

LA INMORALIDAD

Todo lo que se opone á la obligación en que estamos de regular nuestra conducta y acciones para que se encaminen á ejercitar el *bien* y huir del mal, es contrario á los principios de la *moral*, y por consiguiente, cae bajo la acción de la crítica, que no puede ni debe dejar en la penumbra de las sombras sociales la realización de ciertos actos que la conciencia reprueba, por más que el eufemismo moderno califique de *incorrecciones* hechos que tienen sitio adecuado en el Código penal, por haber sido siempre considerados como punibles y castigables.

La índole del imperfecto trabajo que venimos desarrollando se encamina, aunque á grandes rasgos, á señalar las fases que abarca la inmoralidad de las costumbres sociales, que, al separarse de la norma que les marca la *moral*, ciencia nacida para reglarlas cuando se quebranta en alguno de sus ordenamientos, dicho es que se prescinde de ella.

Habido esto en cuenta, y considerando que el nivel moral de una gran parte de la sociedad moderna se halla altamente quebrantado por la influencia que en ella ejerce el cortejo de vicios que estamos analizando, y que le pres-

tan vida, vamos, aunque someramente, á hacer la crítica de las inmoralidades más en uso, en la creencia de que, por lo conocidas, no va á ser un falso testimonio el relatarlas.

El estado de inmoralidad social en que nos encontramos responde, sin duda, al concepto *positivo* que la sociedad moderna tiene sobre la manera ó forma en que ha de ejercitar la moral pública, y por eso es que tolera porción de actos que aquélla repudia, prescindiendo en muchos casos del hermoso fin que en sus diferentes aceptaciones tiene; y así es que ni la moral pública, ni la *natural*, ni la *individual*, ni, por último, la *cristiana*, son tomadas como norte para ajustar y metodizar, con arreglo á sus preceptos, nuestras acciones y costumbres; todas esas divisiones que admitimos de la moral, y que no vamos á definir, porque su alcance y concepto son conocidos de los medianamente ilustrados, se subordina en los modernos tiempos á dos tendencias predominantes: el *egoísmo* y el *positivismo*, quienes, ejerciendo en nuestro espíritu de factores obligados, fijan la norma de nuestra conducta y trazan la dirección de nuestras acciones, sin que entendamos desmerecer en el concepto público al movernos bajo la influencia de esos dos imperativos factores.

Nos vamos acostumbrando ya á su atractivo é influjo de tal manera, que apenas si produce en nuestro ánimo la menor sorpresa el conocimiento de actos públicos ó particulares que, por la gravedad que revisten, y por las circunstancias en que se verifican, se ponen muy al alcance de la acción penal, y, sin embargo, nadie le asigna importancia; se reciben como la cosa más natural del mundo, son pocos los que piensan en que vayan á parar á la esfera judicial, ni menos que puedan servir para anular ó incapacitar al que los haya ejecutado; sucediendo á veces que su realización contribuye á dar posición social, sin que la sociedad tilde ni tenga á menos señalar preferente lugar en su seno al que, sabiendo aprovecharse de las circunstancias y ventajas del cargo público ó de confianza que ha

desempeñado, ha tenido tiempo para lucrarse, ó con él enriquecerse.

Esta tolerancia por todos consentida, y que por igual nos dejamos sugestionar por ella, es, sin embargo, el aspecto más significativo del modo como vamos entendiendo la moral *social*.

Cuanto más en contacto nos ponemos con determinadas clases sociales, más se conocen sus virtudes ó defectos, así como la noción que informa su moralidad, negativa en muchos, no obstante de pregonarla incesantemente, sin duda para que no se advierta que son ellos quienes más se acomodan á las solicitudes de la inmoralidad.

Los hechos contrarios á la moral revisten formas y aspectos distintos y variados; no se la ofende tan sólo con los pasajes que afectan á las buenas costumbres, sino también con aquellos otros que, desarrollándose en una atmósfera malsana, invaden nuestro espíritu de un *positivismo* pernicioso que no consiente que obremos más que bajo su imposición y mandato.

Acrescentado aquél con la necesaria influencia que en él ejerce el *egoísmo*, hoy más que otras veces dominante á esos dos poderosos defectos sociales, subordina el hombre su medio ambiente, y cuanto piensa ó hace lo depura en ese crisol, excusándose en muchas ocasiones de ejercitar el bien por temor de que pueda perjudicar en algún modo sus particulares miras.

De aquí el que la corrupción que impera en las costumbres sociales haya de invadir necesaria y forzosamente todas las esferas, haciéndose preciso, para cohonestar y encubrir sus efectos, que la *hipocresía moderna*, no satisfecha con haber llevado su tolerancia á la porción de actos que la moral reprueba, haya bautizado con el verbo *irregularizar* lo que en todo tiempo se ha calificado con verbo más gráfico y más duro y apropiado calificativo.

El eufemismo moderno llama *filtración* á la malversación de caudales; *irregularidad* al desfalco público; *inco-rección* al cohecho; y estos atentados, que son punibles,

que tienen lugar adecuado en el Código penal, se estiman por la generalidad de las personas como actos inculpados en los que se refleja no más que la *habilidad* ó el *aprovechamiento* de quienes los realizan, dándose el caso de que se califique de *tonto* al hombre honrado que, teniendo ocasión y tiempo, deja pasar la una y el otro sin haber sabido *aprovecharse*.

Así nacen muchas de esas fortunas improvisadas que surgen de la noche á la mañana, y que, sin cuidarse en averiguar de dónde vienen, ni en analizar cómo se operan cambios de posición tan inopinados y sin base, acoge la sociedad en su seno con extraordinarias muestras de consideración y simpatías á quienes las ostentan.

No es preciso señalar con ningún ejemplo la exactitud de lo expuesto, pues es cosa tan sabida, que seguramente han de ser pocos los que no hayan presenciado esos cambios de fortuna, que son motivo de crítica en los círculos y lugares en donde se reúnen más de dos personas. Pero la cosa no pasa de ahí; mas cuando la casualidad hace que el que es objeto de la murmuración se presenta inopinadamente en el círculo en el que, con sobrada justicia, se discute su personalidad, entonces se efectúa entre los congregados un cambio brusco, y aquellos mismos que un momento antes lo discutían, convierten sus censuras en muestras de consideración y de preferencia, significándoselas más á medida que es más importante y desahogada su fortuna; á esas muestras de consideración y respeto se llama entre las personas cultas cumplir con los deberes de cortesía, cuando, en realidad, de otro modo debería llamársele.

Entra en esto el positivismo y el convencionalismo de un momento en que pueda haber necesidad de acudir á la protección de aquella fortuna improvisada, cosa que, aunque ya va siendo rara, todavía suele tropezarse con algunos espíritus dispuestos á fingirse protectores de quienes acuden á su filantropía, que la ejercen con ellos para que sean prigioneros de su desprendimiento y generosidad, y

como medio el más indicado para crearse una atmósfera ficticia y de hombría de bien que les sirva de coraza en donde puedan embotarse los acerados golpes que la crítica pudiera acaso asestarles.

De tal manera nos vamos acostumbrando á esas variantes de las posiciones personales surgidas por medio de eso que hemos convenido en llamar *irregularidad ó filtración*, que todos nos asociamos sin gran escrúpulo á las alternativas sociales que aquéllas traen aparejadas, y única y exclusivamente protestamos de ellas cuando el *irregularizador* no ha tenido habilidad bastante y talento suficiente para saber *legalizar* su posición; entonces es cuando la crítica y la maledicencia se apodera de él despiadadamente, mas no por el hecho punible que lo trajo á *entredicho*, sino por su inhabilidad en no haber sabido burlar la acción *fiscalizadora*.

El *egoísmo* que cobija todas las esferas y alcanza á las más elevadas, en la que viste apropiada librea, atrofia los sentimientos más puros y hermosos del alma, la cual se deja avasallar por él, no ciertamente por una causa objetiva, si no por una subjetiva que inconscientemente la arrastra hacia ese medio especial en que se mueve y toma cuerpo.

Por eso se advierte en una parte de las esferas sociales más distinguidas y elevadas un desviamiento marcadísimo hacia los encantos del hogar, cuya ausencia en tocar sus efectos son los hijos de las familias ricas, las que, no pudiendo sustraerse á los atractivos de las fiestas mundanas, á ellas sacrifican y posponen el amor y cariño filial y el encanto que en la vida ofrece la inocente caricia del querido pequeñuelo (1).

Los hombres y las mujeres del gran mundo—y esto es una faz de lo averiadas que se hallan las costumbres y del atrofiamiento moral en que se ha caído—se cuidan poco ó nada en la educación moral y social de sus hijos, vinién-

(1) Léase «Pequeñeces», del P. Coloma.

doles todo el tiempo escaso para dedicarlo á paseos, teatros y recepciones, y hacer el sacrificio de quedarse en casa, como ahora se dice, un día en la semana para recibir á sus amigos y admiradores, relegando al olvido las obligaciones y los deberes del hogar y aun los ineludibles que el matrimonio les impone.

El hombre, con sus devaneos, sus compromisos y distracciones de *clubman*, y la mujer con los que le impone la sociedad en que se agita y vive, separan tan abiertamente su voluntad y sus afecciones de las que debieran alimentar y acrecentar, que va siendo raro, en la sociedad conyugal del mundo elegante, el tropezar con alguna que relegue á secundario lugar las frecuentes solicitudes con que le halaga y atrae la diaria fiesta para entregarse toda entera á la labor hermosa que envuelve el cuidado de la familia y del hogar.

Por esto, desde los primeros momentos es tan accidentada é irregular la educación de los hijos nacidos de ciertos matrimonios ricos y aristócratas (1); pues faltos los padres de tiempo para todo, y especialmente para dedicarlo á la educación de sus hijos, se desentienden por completo de ellos, y desde los primeros momentos entregan al *sér* nacido á los cuidados del ama, y después á los de una institutriz si es hembra; y si varón, lo envían más tarde de interno á un colegio del extranjero, donde permanecen por largo tiempo, sin que en ese prolongado interregno medie entre padres é hijos otro género de afecciones que las oficiales, puede decirse, determinando esa ausencia de afecciones y de cariño tan gran vacío entre ellos, que nunca, jamás, llega á llenarse.

Los padres aristócratas creen cumplir con todas sus obligaciones morales abonando los giros que les hace el director encargado en la educación del hijo, el cual de todo cuida menos de inculcar en el alma de su discípulo los sentimientos del respeto y del amor filial que el hijo

(1) Hay muy honrosas excepciones.

debe sentir hacia sus padres; y la hembra, falta de los cariños, los halagos y las satisfacciones que encierra el amor de la madre, sólo conoce de ella el beso reglamentario y los trajes y las alhajas que componen el atavío que sirve para realzar su belleza y atractivos en los paseos, en los teatros y en las fiestas del gran mundo; y allá, en las soledades de su cuarto de trabajo, se duele con su institutriz de ese despego, del cual ésta la desquita halagándola con el porvenir que la espera cuando salga de la estrechez de su cuarto para aparecer en los salones como nuevo y brillante astro, eclipsando con su belleza y frescura la ya casi ruinosa y marchita de su madre, que, en su egoísmo, y por conservar una y otra, se ha cuidado nada de educar á aquella cándida é infantil alma, y mucho en procurar retardar el momento en que debía exhibirla al mundo, para que en él, copiando sus pasos, los siga exactamente y la emulice en todo por necesidad y por no haber visto ni aprendido de su aristócrata madre otra cosa....

Y así, y de este modo, los padres ricos, por el egoísmo de verse libres de los cuidados y sinsabores que trae aparejada la educación de los hijos, y las madres por el de *conservarse*, desconocen el verdadero amor, la excepcional ternura de amamantarlos, así como toda esa serie de sufrimientos, de esperanzas, de satisfacciones, de encantos y alegrías que los hijos proporcionan en el período, relativamente duradero, de su infancia; y como ninguno de esos sentimientos, ni las impresiones que envuelven, han sentido los nudos que el amor filial hace, ni pueden estar apretados, ni tampoco ser permanentes; y por todo ello es muy excepcional el que en unos y otros predomine el sacrificio y la abnegación que nace y se engendra sólo exclusivamente al amparo de la intimidad del hogar y en la constante y no interrumpida comunicación de la familia.

En esas clases ricas y aristócratas es precisamente en donde, por el género de vida á que están entregadas, se hallan más relajados los sentimientos filiales y más distanciadas las relaciones de los padres con los hijos y las de

éstos con aquéllos; incomunicados unos de otros, sin verse ni tratarse frecuentemente, sus intimidades son puramente sociales, sus consideraciones y respetos no visten otro aspecto que el convencional del momento. Son no más que padres oficiales para satisfacer las deudas contraídas por las calaveradas de sus hijos; y éstos son hijos para explotar á sus padres y para, con ellos, precipitar la dilapidación de la fortuna conyugal heredada, que poco á poco se desmembra en el sostenimiento de una vida fastuosa.

Y esto, que acaso haya quien crea que no se compadece con la inmoralidad, motivo de nuestro estudio, guarda una relación muy íntima con ella; pues nada tan inmoral y tan contra naturaleza que esa indiferencia, esa despreocupación y esa tibieza de relaciones entre padres é hijos, inspiradas por el bastardo *egoísmo* de las distracciones mundanas, y en el de querer conservar, para *bien parecer*, una juventud y una belleza que, al cabo y al fin, no pueden sustraerse á los estragos del tiempo; defectos que, heredándose de unos á otros en esas clases ricas y directoras de las más inferiores, no contribuyen ni moral ni materialmente, siquiera con el ejemplo, no ya á mejorarlas, pero ni siquiera á que sus costumbres sean más sanas y menos relajadas; esas clases inferiores é incultas ven que, en medio de sus devaneos y dilapidaciones, predicán moralidad, é imitan y copian luego á los fariseos en su hipocresía; que tiran y derrochan en una fiesta lo que para ellas constituiría una fortuna; que demandan, por el egoísmo de su tranquilidad particular, el rigor y cumplimiento de las leyes contra los que de algún modo pueden llevar á sus palacios la perturbación de sus fiestas; y ven, en fin, que en las supremas y frecuentes crisis que padecen no sienten compasión ni les mueve la *caridad* á socorrerlas; y es natural, el divorcio entre unas y otras clases sociales ha de existir y sostenerse, cada vez más acentuado, más pertinaz y más irreconciliable; pero no es mucho que tal suceda entre las clases sociales heterogéneas, pues que esa separación y divorcio subsiste también en el mismo hogar

de las familias ricas, y fuera demasiado que, desatados los vínculos filiales, vinieran á estar amarrados los que la *moral cristiana* aconseja que se hallen en armónica *sociabilidad*.

De estas desavenencias sociales, de esta relajación en las costumbres que la vida moderna impone, y que se acepta sin la censura social y con el *visto bueno* de las más empingorotadas figuras que prestan vida y acatamiento á las manifestaciones del lujo, brota, por necesidad espontánea, ese engendro de inmoralidad que abarca y campea en todas las esferas, sin que sean bastante á contenerlo la censuras de los hombres sensatos, por estar en superioridad los que las amparan con sus simpatías, que los que lo vilipendian y anatematizan. Y como la tendencia social del día se encuentra totalmente divorciada de la conformidad con los medios de fortuna que cada cual posee, y las exigencias de la época presente son mayores que en las pasadas, y existe una repulsión extraordinaria al acomodamiento de la justa proporcionalidad, pues que nadie, ni el más ni menos rico se amolda á su posición, y además se observa que se abre ancha calle á quien, del modo que se sea—que esto nadie entra en averiguarlo ni en desmenuzarlo—se enriquece, resulta, como consecuencia lógica y natural, que la inmoralidad predomine, y que su *banderín* atraiga y llame á sí, por lo variado de sus colores, á cuantos conocen que es el único medio y la receta más eficaz para salir de las tinieblas sociales que le envolvían y encaramarse en lo alto del pináculo de los afortunados.

VII

EL JUEGO

Sin duda, la dolencia social en cuya crítica vamos á ocuparnos es una de las que más preocupan á la sociedad, como á los que tienen encomendada su protección y defensa, acaso por las perturbaciones que lleva á las fortunas, quizá por estimarla como fuente de grandes y funestas relajaciones.

Sean esas ú otras las causas, es lo cierto que, con ser los defectos sociales que ya han sido motivo de nuestro análisis de los que toman tan gran participación en el estrago y relajamiento de las costumbres, á ninguno le otorga el organismo social la atención que al que nos ocupa, dando margen á apreciaciones que, aunque encontradas y entre sí distantes, no pueden dejar de tomarse en consideración, por indicar que esta dolencia, no obstante lo perturbadora que es en sí, tiene también sus simpatizadores, que la estiman como un recreo lícito, sin distinción alguna, al paso que sus impugnadores la consideran como un acto ilícito, que perjudican por extraordinario modo á la sociedad en general y á las familias en particular.

Sin embargo, el Código y los poderes públicos, separándose de esas dos apreciaciones, admite el juego y lo to-

lera, si bien estableciendo la distinción de aceptar por lícitos todos los que no dependen del azar; es decir, aquellos que se hallan sujetos á reglas conocidas y ciertas, y en los que no caben el *engaño*, el *pego*, las *marcas* ni *mañas* de los jugadores de oficio; y por ilícitos, los que reúnen todas esas circunstancias, como la *ruleta*, el *monte* y otros que, por sus accidentes, los acoge en sus artículos, señalándoles penalidad al modo y manera que la marca á los delitos que se cometen contra las personas.

Ahora bien; tomando el juego en un sentido general, y prescindiendo de la distinción que sobre él establece el Código, dicen sus defensores que en el orden social no debe subordinársele á distinción, clasificación ni limitación alguna; pues que, siendo uno de los actos espontáneos del colectivismo social, no parece indicado que se trate de coartar la libérrima acción del individuo que, por una inclinación de su libre albedrío y de su voluntad, acude á los lugares ó garitos en que funciona el tapete verde, atraídos muchos por la esperanza de ganancias que, aunque inciertas, es el caso que algunos obtienen, por más que sea con perjuicio y á costa de otros; esto dicen y así discurren los que miran la dolencia del juego desde el punto de vista acomodaticio, sin meterse en más honduras ni filosofías, y sin cuidarse tampoco de la más ó menos moralidad que informa su manera de discurrir; opinan sus impugnadores que dentro de la esfera moral en que se mueve la flaqueza humana, y la posible facilidad con que se deja llevar por todo lo que sea halago y atractivo de los sentidos—y el juego, dicen, no hay que negar es uno de los que más atraen, así al hombre como á la mujer, aunque sea de los que caen en la distinción de los llamados lícitos—es lo cierto que llega á constituir un vicio, más ó menos expuesto, pero que influye al fin poderosamente en las costumbres del hombre; pues el que pierde tres ó cuatro horas del día ó de la noche entreteniéndose al *billar*, á *malilla* ó *tresillo*, puede aventurarse que, con igual facilidad, las perdería al *monte*, á la *ruleta* ó al *bacarat*; pues en aquellos re-

creos lícitos é inocentes, como en éstos llamados ilícitos, no media otra diferencia que la de las *puestas*, pudiendo en unos y otros ser perturbadoras para las fortunas, ya que todo depende, más que de las condiciones del juego, de la prudencia del jugador, y concluyen por decir que lo mejor de los dados es no jugarlos.

Criterios encontrados éstos, que no es bien dejar de tomarlos en cuenta, para apreciar cuestión tan discutida y de no despreciable transcendencia para las familias víctimas de las contrariedades que el juego les acarrea.

Prescindiendo por el momento de ellos, y acomodando nuestro criterio á la perturbación social que el juego engendra, y á las desdichas que lleva á las familias su acción y desarrollo, no podemos, desde el punto de vista moral y el de las buenas costumbres, proclamarnos sus preconizadores, ni menos aconsejar su tolerancia; pero desde el que ofrece su aspecto social, nuestro criterio no se armoniza con ninguna de las dos tendencias relatadas; porque, considérese el juego desde cualquiera de esos aspectos, y viniendo en que es una desdicha social que no es fácil ni posible desterrar de las costumbres, ya que por su arraigo, como por lo corriente y admitido que en determinados espectáculos es el apostar sobre la supremacía ó ventajas de los objetos que preferimos, claro es que, prohibirlo en absoluto ó de raíz, es tarea para la cual se necesita rara constancia y rigor extremado. Para ello han sido varias las campañas llamadas de *moralidad* emprendidas contra el juego y sostenidas con tesón y energía por gobernadores en los grandes centros de población, y sobre todo en Madrid, las cuales, por el momento, ofrecen los resultados que se perseguían; pero, subordinada su persecución á ruedas subalternas y venales, y á los azares de la política, aparece siempre burlada por la sutileza de los jugadores.

Hay momentos en que el desarrollo del juego adquiere proporciones inusitadas, que llegan á alarmar, no ya á las familias, sino á los poderes públicos, y entonces viene el clamoreo general: la prensa toma una activísima parte en

su condenación y en poner de relieve los perjuicios, los trastornos y los peligros que á las familias acarrea su tolerancia, que no puede ni debe en modo alguno consentirse; y de este clamoreo surgen, como consecuencia natural, las campañas á que hemos aludido.

Muy atendibles y poderosas deben de ser las razones que influyan en las proporciones que el juego pueda adquirir, para alarmar tan seriamente á la opinión, cuando, por enflaquecimiento de los resortes administrativos, ó por *tolerancia* de sus funcionarios, se consiente libremente á los alimentadores de él que lo propaguen sin recelo ni temor alguno, validos de la indiferencia con que los dejan hacer los llamados á contribuir á su extirpación.

De todos modos, y apartando á un lado estas consideraciones, sobre las que luego hemos de volver para razonar nuestra opinión acerca de lo *lícito* ó *ilícito* de esta dolencia social, estimada por muchos como una de tantas que contribuyen con su desarrollo en el envenenamiento y corrupción de las costumbres, nuestra conciencia nos exige decir que *el juego*, tomado como vicio social, ni debe tolerarse, ni menos consentirse, por ser una amenaza constante y una ruína necesaria, no ya de la fortuna de algún arraigo, sino, y muy particularmente, para la que sólo se halla representada en los haberes que produce la labor diaria de la inteligencia ó del trabajo.

Tomada desde este aspecto la cuestión objeto de nuestra crítica, proclamarse en defensores del juego es un atentado á la moral y á las buenas costumbres y una burla sangrienta hacia la desgracia, que en manera alguna tolerarían sus víctimas.

Acaso, separando por un momento la vista de los cuadros producidos por la ansiedad y angustia del *tapete verde*, pueda estimarse el juego como uno de tantos atractivos con que brinda la vida social moderna en el sinnúmero de Sociedades de recreo que, para *solaz* y *aburrimiento* al mismo tiempo del hombre, forman parte de aquélla; pero, ahondando un poco en la cuestión, ¿quién duda de que si

ese vicio invade y domina en absoluto al hombre, lo expone á pervertirse y á que se engría en todo linaje de reprobadas acciones, y con ellas llegue hasta la corrupción más estupenda en todas sus manifestaciones, si ésta le sirve para proporcionarse medios con que hacer una *puesta* y proseguir en el placer que en los jugadores de oficio despierta el *entrés*, las *judías* ó *contrajudías*, las *mayores* ó *menores*?

En esto cabalmente está el lado inmoral y perturbador del juego; no es precisamente en la exposición ó el riesgo de la pérdida de una fortuna, ó en la de una fuerte cantidad de dinero, lo que produce la alarma social y la de las familias, aunque esto éntre por mucho en su anatematización; pues al cabo se dan casos, aunque raros, de que las pérdidas metálicas puedan recuperarse; y quien sabe levantarse á tiempo, halla en este vicio un filón que explota, y de su explotación vive; de éstos se dan muchos ejemplares; con ellos nos tropezamos en todos los Círculos de recreo, donde en los juegos más inocentes—si así puede calificarse á alguno—se buscan porción de jugadores su *modus vivendi* con constancia y precisión matemática, que bien podía desearse la utilizaran en provecho de mejor causa; mas lo temible en esto del juego son sus consecuencias, de las que, casi siempre, vienen á ser *víctimas* aquellos que de buena fé, y por probar fortuna, acuden á sus solicitudes; ellos son los que luego forman su contingente maleable y los que apuran todos los extremos para continuar la desdichada senda en que han caído, y de la cual no se sienten con fuerzas bastantes para retirarse, siendo éstos, con raras excepciones, los que luego pierden muy pronto la dignidad, la vergüenza y la noción de todas las virtudes, entregándose en absoluto á la ejecución de actos contrarios al honor, seducidos por el atractivo del oro ó el de los billetes de Banco que, en montón ó en fajos, ven sobre el tapete verde, cuya adquisición codician, siquiera sea por breve tiempo, y para conseguir la cual no se detienen en medios; y por eso, asociándose á los tahures, se hacen sus

ganchos, estudian el *pego*, marcan los naipes y concluyen por convertirse en *vagos* y *barateros*, deslizándose sus vidas desde esos momentos envuelta en una no interrumpida serie de todas las repugnantes prostituciones que adornan á los que se divorcian de la sociedad, sin que se preocupen poco ni mucho de la familia ni de la colectividad social, dentro de la cual se asimilan con las plantas venenosas, cuyo contacto todo lo emponzoña y mata, llevando á sus entrañas un desquiciamiento lento, pero seguro, que acabaría, de no buscarse los medios para contenerlo, por conducirla á una de sus relajaciones más perniciosas.

Estos efectos, temibles y peligrosos por lo frecuentes, son seguramente los que llenan de alarma á la entidad social, é influyen para que los poderes públicos se preocupen de esta dolencia algo más que de alguna otra, porque tienen el convencimiento, así como las familias, de que el *juego* no es llaga social que puede proscribirse fácilmente, que no se parece en su esencia, ni en la facilidad con que se puede burlar su persecución, á ninguno otro de los demás defectos de que adolece un pueblo; y de aquí el que la prensa y las familias lo hostilicen y pongan decidido empeño en denunciar sus garitos y en excitar á aquellos poderes al objeto de que lo persigan por todos los valiosos elementos de que disponen y las leyes tienen previstos.

Pero con todo esto, y apesar de la campaña incesante que contra él se hace, no obstante la buena voluntad que en muchas autoridades se reconoce para combatirlo, es lo cierto que el juego, con todo su cortejo de inmoralidades, subsiste y subsistirá mientras el mundo sea; los jugadores burlan perfectamente la acción de sus perseguidores, y luego.... es tan fácil convertir en recreo lícito el que no lo es, que aun á presencia de los mismos custodios de la moral puédese, en una inocente *brisca*, ó en un inofensivo *tresillo*, arriesgarse una puesta de la importancia y consideración que en cualquiera de los de azar, el *monte* ó la *ruleta*, por ejemplo.

El jugador siempre encuentra medios para dar el *pego*, lo mismo cuando se propone y quiere darlo al incauto que acude por vez primera á *verlas venir*, que al delegado gubernativo: el caso es que se proponga darlo ó no.

Las puestas, por otro lado, de igual manera se hacen en el *monte*, ó en el *rojo y negro* de la ruleta, que sobre cualquier objeto; y para que se vea que nada por nuestra cuenta exageramos en este punto, referiremos una anécdota histórica.

Hubo un Gobernador en la capital de una provincia de primera clase, que se propuso concluir con el juego, no omitiendo para ello medio ni disposición alguna: él mismo evacuaba las denuncias que se le hacían sobre los diferentes lugares en que se solazaban los aficionados al tapete verde; impuso crecidas multas, desplegando rigor tan excesivo, que llevó el pánico á los mismos; y, en la creencia de que sus enérgicas órdenes habían dado el resultado que perseguía, y creyendo, sin duda, el bueno del Gobernador haber puesto una pica en Flandes, comunicó al Gobierno el resultado de su satisfactoria campaña; mas como los Gobernadores *mandan*, y los jugadores no *obedecen*, resultó que, al día siguiente de pasada dicha comunicación, le denunciaron que en uno de los Círculos más aristócratas de la capital se cruzaban apuestas de importancia sobre el sexo á que pertenecía, en un momento dado, la persona que pasaba por debajo de sus balcones. El Gobernador, ante el fracaso de su propósito, se contentó con imponer una fuerte multa á los socios de aquel Círculo, que así burlaban y desacataban sus disposiciones, y no volvió á ocuparse más del asunto mientras permaneció al frente de la provincia.

Infiérese de la referida anécdota, y por ello la hemos mencionado, que la esencialidad del juego no es fácil proscribirla en absoluto, sino procurar la atenuación de sus efectos por medio de una persecución activa y perseverante contra su propaganda y hacia la existencia de los garitos, en donde se envilecen los cándidos que acuden á

ellos, seducidos y engañados por los *ganchos* de los banqueros de *timbas*.

El juego, pues, desde el punto de vista en que lo analizamos, no conduce á otra cosa que á la perversión de costumbres, al quebrantamiento de la fortuna, de la moral social y á la fomentación de los vicios que trae aparejada la *vagancia* en que, necesariamente, caen quienes se entregan á sus seducciones y malsanas solicitudes. Mas estudiada esta afección desde otro aspecto, y prescindiendo de sus perniciosos efectos, que somos los primeros en reconocer y condenar, contrayéndonos, no obstante, al realismo de la vida, entendemos que, con ser dolencia muy relajadora para las costumbres, sus consecuencias podrían ser menos sensibles si se lograra despojarlo de las perniciosas asechanzas de que se halla rodeado, y con las cuales á nuestra mirada se presenta.

Quizá se tache de inconsecuente con nuestra severidad en estimar estas cuestiones, la benevolencia apuntada; pero por adelantado diremos que todo es relativo en el mundo; los actos humanos han todos su razón de ser ó no; el del juego la tiene de origen, y como es uno de los que el hombre, con más ó menos espontaneidad, realiza, es en él la forma ó manera de practicarlo lo que contribuye á su odiosidad y condenación, por estimar sus efectos como fuente de consecutivos vicios.

Sentada la salvedad que antecede, entendemos que el juego, tal y como lo estima el concepto público, y lo practican los jugadores, es detestable; pero, presentado en otra forma y en otras condiciones, perdería mucho de la odiosidad con que se le juzga; el juego es pernicioso por sus efectos, por sus consecuencias, por la desmoralización en que cae el tahur; pero, despojándole de ese atavío inmoral en que se envuelve, no quedará de él otra cosa que un acto más del hombre, subordinado, por tanto, á su voluntad.

¿Cómo puede revestirse de ese carácter? Cuestión es que no aspiramos á solucionar, porque, ya lo hemos dicho, se nos juzgaría benévolo para esta dolencia, que la so-

ciudad mira con tanta prevención; pero si diremos, para concluir, que en nuestro país existe, con el beneplácito de todos, y con la protección del Gobierno, una *timba*, constantemente en funciones, sin que á nadie se le haya ocurrido tacharla de inmoral, pues que á ella se acercan cuantos quieren, atraídos por la esperanza de enriquecerse con alguno de los premios mayores, ó con *el gordo* de Navidad, que les ofrece la Lotería Nacional.

Y sin embargo, esto, que para nosotros tiene todos los caracteres de un juego de azar, y que, además, ofrece miles de improbabilidades de acierto, lo acepta sin protesta la colectividad social, y nadie se preocupa de que pueda ser inmoral ni dañosa su permanencia, y eso que perjudica y aleja en gran manera entre nosotros la inclinación al ahorro, por dedicar á la Lotería lo que, con más fruto, debíamos dedicar á aquél.

¿Por qué? Por la manera en que se practica, por la forma en que se presenta, porque nadie es forzado á hacer puesta en la *timba* pública y nacional, dependiendo de la libérrima voluntad del ciudadano el contribuir ó no á su sostenimiento y á que entre unos pocos de favorecidos por la fortuna se distribuya el dinero de muchos.

A buscar algo que se parezca á esa *timba* deberían enderezarse los esfuerzos de todos en cuestión de tanta importancia, y entonces se vería cómo los juegos llamados de azar perderían mucho de su carácter, y sus derivaciones no acarrearían á las familias las consecuencias funestas que les origina, ni acaso habría que lamentar las desdichas que esta dolencia social les ocasiona.

VIII

EL LUJO

¿Debe estimarse el tema que va á servir de motivo á nuestra crítica como un defecto moral, ó como una de tantas dolencias que grietean el edificio social?

Responder de primera intención á la pregunta formulada, en uno ú otro sentido, sin razonar ó analizar antes las causas que pueden influir para que *el lujo* caiga en alguno de los términos de esa disyuntiva, ó estimarlo desde luego como dolencia que padece la sociedad moderna, sería un alarde de prevención hacia el mismo, del cual nos separa la imparcialidad que procuramos guíe nuestra pluma, y en la que única y exclusivamente nos inspiramos.

Pero si esta imparcialidad así nos aconseja, en cambio, el concepto que tenemos del lujo, por las imprevistas consecuencias que reporta á la sociedad moderna, que, como ninguna otra, siente su pesadumbre, entonces no puede ser aventurado colocarlo en el grupo de una de sus dolencias, por revestir este carácter todo cuanto en algún modo contribuye á enflaquecer los elementos que componen el todo social.

El lujo, ya se tome desde el punto de vista económico-social, ó bien se considere desde el moral, no obedece á una imprescindible necesidad de la vida; es una exigencia que obedece no más á la vana manifestación de la exterioridad personal, y que, por satisfacerla, así el hombre como la mujer, se olvidan, con más frecuencia de la que aconsejan los deberes morales, de los que tienen que cumplir y llenar en la esfera social, en la que hace su ostentación, no obstante de la benevolencia con que la sociedad moderna mira los atentados que aquéllos padecen al dar satisfacción al gusto y exigencias que el sostenimiento del lujo impone.

Este, como todas las manifestaciones sociales, y acaso más que otra alguna, tiene sus propagandistas de escuela en la esfera económica y en la socióloga, y no falta tampoco quien proclame su supremacía como necesaria para la prosperidad de las industrias y como *signo* de riqueza y bienestar de las sociedades que lo sostienen.

Mas este criterio lo rechaza, por erróneo, la economía política, y aunque es sostenido por escritores muy juiciosos, que afirman que el lujo es uno de los mejores medios de distribuir la riqueza, contribuyendo su sostenimiento al desarrollo de porción de industrias, y particularmente á las de las fabricaciones de *encajes, blondas, sederías, pasamanerías, bordados* y toda esa inacabable serie de baratijas que entran en la composición de trajes, construcción de muebles, decorado de salones y sostenimiento de considerable número de operarios, á quienes esas industrias dan medios de subsistencia, no es prudente combatirlo ni pedir, dicen, su proscripción.

Los partidarios y mantenedores de esa teoría no consideran que, cabalmente en el excesivo consumo de esas frivolidades, estriba el error económico en que se apoyan, puesto que destinar una gran masa de riqueza á esa clase de productos, no es distribuirla bien, ni menos dar á esa masa de capital la inversión reproductiva que reportaría de destinarla á otras industrias cuyos productos tuvieran

una mejor aplicación que la que se asigna al fausto y ostentación.

Por esto la Economía política estima que la *riqueza* que se derrocha en aquellas manifestaciones de la exterioridad social es un *exceso de gastos improductivos sobre objetos visibles que llaman mucho la atención*, pero que más bien contribuyen al aminoramiento de aquélla que á su progresivo desarrollo; pues siendo el *lujo* un gran exceso, considerado subjetivamente, da ocasión, por su objetivismo, á que se hagan gastos excesivos, contrarios en todo al aumento de riqueza y de producción.

Los que sostienen que el lujo contribuye al desarrollo de la industria y vigoriza la demanda del trabajo, acentuando el sostenimiento de la fabricación de artículos fastuosos, que todos ambicionan adquirir, no advierten que la riqueza destinada á esos artículos improductivos estaría mejor empleada en otros de verdadera utilidad; desde el momento en que dichos artículos dejasen de tener excesiva demanda, entonces no se les ocultaría que la de una sola industria, por demasiada importancia y creciente desarrollo que tomara, podría por sí sola favorecer y contribuir al impulso progresivo de las demás, y mucho menos cuando, como la de que se trata, no es reproductiva ni en manera alguna útil para la sociedad. Pues nadie desconoce que esa industria que se relaciona con la fabricación de encajes, agremanes, galones, pasamanerías, sederías, etc., no tienen más fin que el de satisfacer las exigencias exteriores de la vanidad social, y el de distraer fuertes cantidades en artículos que, pasados los primeros instantes de su lucimiento y de la moda, no poseen valor alguno ni aplicación; y así, cuando se dice que se quiere, y apetece adquirir riquezas para hacer ostentación de todas esas zarandajas que entran en la confección del lujo, se dice un despropósito, porque el hombre no ha necesitado nunca del estímulo ni de la excitación atractiva de esas fruslerías para ambicionar la adquisición de riquezas, pues que en todas las circunstancias y momen-

tos de su vida se siente atormentado por esa aspiración.

Lo que hay en esto es una lamentable confusión por parte de los propagandistas que sostienen el error económico de que *el lujo desarrolla la industria*; el cual error estriba en haber confundido el *efecto* de la prosperidad de un país con la *causa* de esta prosperidad, fundándose en que, al paso que una nación se enriquece, aumenta la desigualdad de las fortunas y el lujo toma mayor crecimiento; y como si esa prosperidad proviniera del lujo, estiman que es útil á un Estado el disipar en él su riqueza, sin caer en la cuenta de que la riqueza de un país es, por necesidad, anterior á su prosperidad y al lujo de que hace ostentación, pues que, sin la existencia de la *riqueza*, no existiría posibilidad de que se manifestaran el lujo ni la prosperidad.

Hecha esta digresión, necesaria al objeto de evidenciar que el impulso que el lujo imprime á la industria sólo se efectúa en la absorción de una gran masa de riqueza, representada en el consumo de artículos de esa clase, que pudiera, en otro caso, ser invertida en una producción más útil y ventajosa, que sirviera para el acrecentamiento de los capitales no circulantes, que no reúnen esa circunstancia sino cuando se destinan al fomento de consumos productivos, que, como los que no lo son, nacen del trabajo, es evidente que cuanta más riqueza se emplee del segundo modo, tanta menos podrá destinarse al consumo productivo, y en tanto más se disminuirá el capital no circulante, puesto que *la producción debe ser la medida del consumo, y no éste la medida de la producción*, como por algunos se sostiene.

El lujo, desde el aspecto en que acabamos de estudiarlo, aparece como atentatorio al progreso y desarrollo de las demás industrias productivas, y por esto el que la Economía política se muestre con él intransigente; veamos si, tomándolo desde su aspecto moral, puede estimarse útil y necesario.

Para ello, y antes de exponer nuestra opinión, vamos

á vigorizarla con la de un notable escritor sociólogo, el Conde Destutt-Tray, que sobre el lujo dice:

«Si es un gran mal económicamente considerado, lo es todavía mayor bajo el aspecto moral, que es el más digno de consideración cuando se trata de los intereses del género humano. La inclinación de los gastos superfluos, inclinación que nace de la vanidad, produce la frivolidad y se opone á la rectitud del entendimiento; ella causa desórdenes morales, que producen el pesar y la inquietud en las familias; ella excita á las mujeres á la prostitución, inspira á los hombres deseos desenfrenados, y despoja á éstos y á aquéllas de toda delicadeza, de toda probidad, conduciéndolos al olvido de todos los sentimientos tiernos y generosos; en una palabra: ella deseca el corazón y envilece al hombre por la acción deplorable que ejerce, no sólo en los que aman el lujo, sino también sobre los que contribuyen á extenderle, sobre los que le admiran ó le envidian.»

Poco tendríamos que adicionar á la elocuente disertación que sobre las consecuencias que la excesiva predisposición al lujo hace el Conde Tray; pero importa á nuestro objeto ocuparnos de él, ya que su extensión y alarde en el actual momento rebasa todos los límites de la conveniencia, estableciendo tan gran confusión, que no es cosa fácil juzgar ni distinguir por la exterioridad de las *vestimentas* la diferencia de clases ni la esfera social á que pertenecen quienes las ostentan.

En efecto, han cambiado tanto las costumbres y las exigencias de la vida moderna en el último tercio del siglo XIX, que no admite punto de comparación con las que tenían en su tiempo y solicitaban á nuestros abuelos.

En aquel entonces la vida se desarrollaba en un medio bastante más tranquilo y mucho menos agitado; se vivía mejor y con más holgura que hoy, con menos dinero; las modas no eran tan *imperativas* ni *avasalladoras* como en la actualidad; los artículos de primera necesidad y de más consumo no se contizaban á los fabulosos precios que alcanzan; tampoco existían la porción de seducciones que

por todas partes nos atraen; no se había desarrollado en manera tan obligatoria la *locura del veraneo* al extranjero ni á las playas del Cantábrico, ni eran igualmente tan sensibles las exigencias sociales, que nos abruman y precipitan á rebasar la órbita en que nos es lícito movernos; ninguna de las referidas, ni otras *fiebres sociales*, padecían los que formaban el conjunto social de hace cincuenta años, y, sin embargo, y por eso mismo, vivían nuestros abuelos con más holgura y más á gusto que nosotros; se ha operado un fenómeno social que, bien analizado, es el causante de cuantas desdichas experimentamos, y al que se debe también ese descontento que en tan alto grado invade á determinado elemento social, que, por sus *circunstancias*, ha aceptado todas las exigencias de la vida moderna. Nos referimos á la *clase media*, que es su *víctima*, y la que siente más de cerca los efectos y las consecuencias del fenómeno á que aludimos, y que consiste en sostener una ostentación ficticia con los mismos haberes y recursos con que por aquel entonces contaba, puesto que aquéllos continúan sin haber sufrido alteración alguna, al paso que las necesidades de la referida clase se han desarrollado en una proporción verdaderamente abrumadora é imposible de soportar.

En el orden económico social existen dos clases que viven bien en sus respectivas y distanciadas esferas: la *rica* y la que libra su existencia con la *limosna* pública; hay otras dos, la *media* y la que se compone del *proletariado*, que son las que realmente experimentan las vicisitudes y contrariedades que traen aparejadas la estrechez; el *querer y no poder*, que se traduce para la primera del segundo grupo en ese gráfico apelativo de *cursi*, con que se distingue á la familia que, con dos ó tres mil pesetas de haber anual, aspira vivir en la exterioridad de igual manera y con igual ostentación que la que posee rentas sobradas para hacer frente á la infinidad de necesidades y gustos que las exigencias sociales de estos días imponen; y en la otra, porque el jornal que ganan, sobre no estar ga-

rantida su estabilidad, es insuficiente, por lo exiguo, á subvenir á las más precisas de sus necesidades.

Estos dos elementos de la vida social, que por igual manera, aunque en relación al medio en que se desarrollan, no pueden ni quieren sustraerse á los atractivos seductores que ofrece la civilización y el progresivo adelanto social, son quienes más de cerca sienten su avasallador efecto, y al cabo, las víctimas de la dolencia que nos ocupa, pues una y otra, aunque por solicitudes distintas, vienen á caer en las tupidas mallas que las exigencias modernas tejen sin cesar, para desventura de cuantos nos hacemos sus prisioneros.

Despertada en una y otra la inclinación á los gastos supérfluos, que no consisten sólo en los que implican el atavío de los trajes, sino que llegan hasta los de satisfacer los gustos creados, más por vanidad y capricho que por verdadera y sentida necesidad; no contando estas clases con medios de fortuna para atender en sus respectivas esferas á lo preciso é indispensable que la materialidad de la vida para su conservación demanda, claro es que mucho menos, y con mayores dificultades, podrán subvenir á esas exigencias y frivolidades que la vanidad implica y que las atrae por manera inusitada.

Por esto que el proletario, sobre lo reducido é inestable de su jornal, tenga que luchar con la exigencia de invertir una parte de él en la frivolidad de concurrir con sus compañeros á tomar *café*, de permitirse el lujo de adicionarlo con *copa*, y si llega el caso, saborearlo, además, con un cigarro puro, gasto supérfluo, excesivo, que supone la tercera parte de su jornal, con el que, y á duras penas, si les alcanza para ir mal comiendo.

En la clase media esta dolencia reviste una tiranía aterradora; colocada, por sus condiciones de cultura é ilustración, en muy íntimo contacto con la clase rica, ve-se violentada á aparentar y sostener lo que no puede, pues que de esa apariencia depende, en muchas circunstancias de su vida, el porvenir y la consideración que los

linajudos y acaudalados otorgan á los necesitados de su protección y benevolencia.

Esta clase es, en su mayoría, la más desdichada de la sociedad, no ciertamente porque se lo merezca, sino por ser la que, no obstante de considerarse con méritos suficientes para *querer*, rara vez llega á coronar con el éxito su aspiración, y sufre lo que no es decible en hacer su trayectoria social.

Así se la ve deslizarse, cada vez más decadente y anémica, y á medida que los días pasan, más desquiciada y menos dispuesta á soportar las contrariedades que sufre, ante la imposibilidad en que se halla de satisfacer todas las exigencias modernas que la tiranía mundana le impone.

Esta clase aspira, por necesidad social, á igualarse, en la exterioridad de su atavío, con la pudiente ó rica; el dependiente de escritorio se diferencia muy poco en su traje del de su jefe, pues la medida para apreciar socialmente la posición personal es la *camisa limpia*; quien la viste sucia, ajada y sin ese brillo flamante y esa blancura inmaculada que á distancia denuncia que acaba de vestirse, desde luego indica que es un desdichado *cursi*; y aun los que conocen que no pueden cambiarla á diario, le miran con lastimosa indiferencia.

Nuestros abuelos se cambiaban de camisa y ropa exterior (y era lujo en algunos) dos veces en semana; las botas de caña que usaban admitían dos ó tres remontas; sus trajes podían muy bien aguantar alguna transformación, algún pulcro remiendo y esmerado zurcido, y eran permanentes; el mobiliario de sus habitaciones era modesto: la silla de Vitoria, el estrado de *crepé*, la estera de esparto ó junco componían todo su *comfort*, como ahora se dice; y en la mujer, la mantilla, el vestido de seda, el mantón de capucha, que lucían en su boda, eran prendas que vivían su vida y que vestían cuando *repicaban gordo*, sin que ninguna pensara en sustituirlas.... ¡Pero hoy la cosa es otra! Una camisa sucia, un calzado remendado, un pantalón

znrcido y con rodilleras, un sombrero *fané*.... Quien con tal indumentaria se presente, siquiera sea á solicitar proteccion, casi puede abrigar la creencia de que será demasiado que le reciban con cortesía....

A las modestas sillas de Vitoria, la prosaica estera, el *cursi* estrado de *crepé*, ha sustituido la mullida alfombra, el elegante roble y toda esa inacabable serie de artículos fastuosos y de fantasía, tan indispensables en el *confort* y ornamentación de cualquier casa.

La *tiranía* de la vida moderna y de la *moda* entra como devastador ciclón en el hogar conyugal, haciendo sus víctimas á las familias de la clase media que tienen la *flaqueza* de dejarse llevar y aprisionar por sus perniciosos atractivos.... El sombrero, que ha desbancado á la airosa mantilla, la variedad en los vestidos, por la infinitas y mudables formas en que los figurines los presentan, han determinado una inestabilidad tal en el vestir de la mujer, que es ahora punto menos que imposible el sopor-tarla.

Y es claro; como los ingresos con que esta clase cuenta para atender á tamañas exigencias, acaso si les alcanza para subvenir á las necesidades de la vida, origina esos trastornos nerviosos que salen á la superficie social convertidos en actos de *venalidad*, realizados por el hombre, y en las *debilidades* y *flaquezas* de la mujer, que, por la variedad del traje, por la novedad del sombrero, por lucir una alhaja, entrega, con mejor ó peor ventura, la codicia de sus atractivos á quien todo eso puede ofrecerla.

El lujo es avasallador; su influencia, en la exterioridad, la siente más enérgicamente la mujer que el hombre, y sus estragos son en ella bastante más sensibles.

Luego, la *educación* social de la mujer del día no se armoniza ni con su posición en la clase media, ni con los deberes que está llamada á cumplir; las madres, con raras excepciones, no educan á su hijas ni para mujeres de su casa, ni para madres; las educan para la calle, para el paseo, para todo linaje de fiestas públicas, para que sacrifi-

quen á sus maridos; y por esto la repulsión al matrimonio que en el hombre se advierte en estos tiempos.

Y no puede ser de otro modo; pues ¿cómo un modesto empleado, un médico, un abogado, un artista, que no tienen formada una reputación, ni cuentan con más base de porvenir que las que sus carreras les proporcionan, van á soportar la carga de la vida conyugal con todas las quisicosas que implica en estos días?

Las madres se equivocan frecuentemente respecto á sus hijas; creen, en su cariño, que con presentarlas en los lugares públicos luciendo en cada festividad un traje, *allanan* el camino para *colocarlas*; y esto es un grave error que cometen, cegadas, á no dudarlo, por un buen deseo de amor maternal, pero que les ofrece la contrariedad de que, á más de acostumar á sus hijas á un lujo excesivo é impropio de su posición, influye también en que no piensen ni embargue su atención otra cosa que la relacionada con los *perifollos* y *cintajos*; en que se les caiga la *casa encima*—que dicen muchas—y en que sufran horriblemente si ven con pesar que otras, sus amigas, lucen mejores y más variados vestidos; sufrimiento más sensible si el hombre de posición modesta no se siente con alientos ni recursos para arriesgarse á continuar sosteniendo en la sociedad conyugal el *despúlfarro* de la moda; y si alguno es tan desdichado que se enamora y cae seducido por los atractivos de una mujer hermosa, su ventura es bien limitada; puede asegurarse que no resiste al primer año de matrimonio.

Esto se está viendo todos los días, y, no obstante, las madres no llegan á enterarse de que les cabe mucha parte de culpa en hacer *incasables* á sus hijas.

La fiebre por el lujo, como dice muy acertadamente el Conde Traey, contribuye á nuestra indelicadeza, y si nos dejamos dominar y tiranizar por él, nos conduce al olvido de todos los sentimientos tiernos y generosos.

Y si el *lujo*, económicamente considerado, no contribuye mucho ni poco al desarrollo de la riqueza de un pueblo, ni á la de su industria reproductiva, y, en cambio, sir-

ve desde su aspecto moral para despertar sentimientos ímpuros en el hombre y la mujer, precipitándola para que pueda prostituirse y alejarla de las satisfacciones del hogar, y en el hombre pensador influye para que no se sienta con alientos bastantes de llamarla á sí, parece indudable, que no es lícito considerarlo como defecto, sino adicionarlo en el número de las dolencias que forman parte de nuestra crítica, y como á tal se debe combatir y predicar, no su proscripción, que no es cosa viable, pero sí, á lo menos, aconsejar á las madres no se sacrifiquen por él demasiado y eduquen á sus hijas para el *hogar* y el *fin* hermoso que en ese recinto son llamadas á llenar.

IX

EL AFÁN DE RIQUEZAS

Las exigencias y necesidades de la vida, de día en día más apremiantes, han determinado un *medio* social, del que no existe posibilidad de sustraerse, ni á las clases mejor acomodadas, ni tampoco á las concedoras de las causas que más ó menos influyen en el desquiciamiento social que en manera tan abrumadora invade á la sociedad moderna, conduciéndola por unos derroteros que, seguramente, no son ni han de ser los que en el porvenir la liberten de las opresoras garras con que la está despedazando.

Nos induce á decir lo que antecede ese afán creciente que, hoy como nunca, se ha posesionado de las clases sociales, desde que el *lujo*, invadiendo todas las esferas, ha despertado en ellas una manía inmoderada de riquezas, para conseguir las cuales se consideran todos los medios viables y legítimas todas las formas.

Las fortunas improvisadas que surgen sin saber de dónde ni cómo; los cambios de posición social que se advierten, y que dan motivo á que sean envidiados por quienes la fortuna no les es propicia; la rivalidad que se esta-

blece entre las clases sociales, que ninguna se halla satisfecha con su posición ni con los elementos con que cuenta para atender á las exigencias que implica la vida moderna, son otras tantas concausas que deben adicionarse á las infinitas que influyen en que se ambicione poseer, aunque sea por medios poco meditados, *eso* que al que llega á poseerlo le abre de par en par las puertas todas de la sociedad.

Sugestionado el hombre poderosamente por el *medio social* en que se desenvuelve; atraído por todas las seducciones con que le brinda la vida moderna, y sin las necesarias energías para sustraerse de cuanto le atrae y halaga, ante obstáculo ninguno se detiene si le permite llegar á la satisfacción de sus gustos; y absorbido su espíritu por ellos, busca los medios de llegar á donde se ha propuesto, aunque aquéllos sirvan para su descrédito, de no tramar la combinación con seso y conocimiento bastantes y con la osadía y frescura necesarias para conseguir—guardando el bulto—el coronamiento de su anhelo.

La sociedad moderna, en su conjunto, no se mete—como ya hemos dicho—en analizar de dónde viene una fortuna; en su frivolidad y positivismo, rehuye el hacer averiguaciones por temor de que pueda avergonzarse de sí misma, y confía al gran factor del tiempo que le descifre los geroglíficos que ella, por el momento, ni quiere ni pretende descifrar.

Y esta indiferencia que se manifiesta en todo el colectivismo social, influye en que la *despreocupación* sea más creciente cada día, y en que vayan desapareciendo de él la duda y el temor que pudieran embargar el espíritu de cuantos persiguen el afán de enriquecerse por los medios ilícitos que tiene el hombre á su alcance cuando, empujado por las circunstancias, sabe que la sociedad no ha de convertirse en *fiscalizadora* de sus actos.

Empujado por esa apremiante necesidad de la satisfacción de la molicie moderna, reflejada en porción de gustos y caprichos, no siente más tendencia que la de procurar la

manera de satisfacerlos, y por eso ni obstáculo ni valladar encuentra que lo detenga; el deseo, el afán, la sociedad misma lo empuja, y claro, ha de seguir su corriente, so pena de que esa sociedad tan severa, y á veces tirana con el caído, lo desprecie y mire con lástima é indiferencia, si no se ha dado trazas para salir airoso del estado de *pobre hombre*, que así califica en su crueldad al que no ha querido caer en las mallas de su tupida y bien tendida red.

Y luego, si cae, si no tuvo habilidad y destreza bastantes á evitar que la *fiscalización* social diera un fallo condenatorio á una posición *nebulosa*, conquistada fuera de los límites de la hombría de bien, entonces, el desdichado que un momento disfrutó de los deleites y caricias sociales, esa misma sociedad que antes de acogerlo con halagos y benevolencias inusitados, ni quiso ni pensó en fiscalizar de dónde todo aquel boato y lujo esplendoroso que ostentaba provenían, se apresura regocijada á convertirse en su verdugo; y con la misma frívola facilidad con que le acogió, con la misma le hunde y abandona, y todos, todos, sin compasión ni caridad, contribuyen á anonadarlo y vilipendiarlo, no más que porque no supo *amañarse* de manera que su entrada en el mundo oficial de la disipación no fué hábilmente urdida.

Tan perturbada y por el lujo intrigada se halla nuestra sociedad, que, aparte de las dolencias que experimenta y que tan difícil curación ofrecen, la del lujo es una de tantas que contribuyen á su desmoralización y que empuja al hombre y la mujer á precipitarse por las pendientes del deshonor y de la fragilidad.

Fácil nos fuera sentar porción de ejemplos encaminados á robustecer la anterior afirmación, si este libro tuviera tendencia distinta de la que ostenta; mas renunciamos á hacerlo por esa circunstancia, y por la frecuencia con que se tropieza en la vida real con ejemplares que han caído en aquellos desdichados extremos.

Mas, dentro de los límites que nos hemos propuesto dar á estos PERFILES, y de la crítica á que se presta asunto

de tan capital interés, no hemos de cubrir con el crespón del olvido, ó con el de la indiferencia, las perniciosas consecuencias que se desprenden del afán immoderado por la adquisición de riquezas.

Es una tendencia reconocida por la humanidad y aceptada por ella desde que el hombre existe sobre la tierra, el deseo justo y necesario de mejorar su condición social; para llenar esa legítima aspiración, se afana y dedica todo el esfuerzo de su inteligencia y actividad muscular, al fin de conseguirla.

Los inventos *científicos*, los *mecánicos*, los *industriales*, no persiguen otro fin ni distinto objetivo que el afán en el hombre por conquistarse una celebridad y adquirir una posición, una fortuna que lo ampare contra el embate de las necesidades de la vida, necesidades que crecen á medida que se van satisfaciendo, por la sencillísima razón de que unas llaman á otras, y unos gustos excitan el apetito para solicitar aquéllos que no más pueden gustarse cuando se llega á la posesión de grandes riquezas.

En el orden moral y en el económico, ambicionar ser rico por los medios legales y del trabajo, son ejecutorias de honradez que, aun en los tiempos que corremos, se admiran y respetan, no tanto por lo simpático que resulta el hacerse *rico* por esos laudatorios medios, sino por lo raro, lo excepcional que es que un hombre pueda llegar á *millonario* sin otros elementos que los que les prestan su laboriosidad, su constancia y su inteligencia; por esto el admirarse, por ejemplo, cuando se dice que N., que fué en sus primeros tiempos dependiente en una casa mercantil ó en un establecimiento de tejidos, posee una fortuna; se medita un poco cómo aquel hombre la pudo realizar por los medios honrosos que todos admiran, por ver en ello la confirmación patente de una laboriosidad constante; también se reciben con simpática complacencia esos capitales que vienen hechos de América por españoles de modestas familias que marchan á aquellas latitudes á luchar con un clima insano y destructor á fin de adquirir riquezas

que en su patria acaso no llegarían nunca á poseer, y allá, luchando con las penalidades que ofrece una vida llena de privaciones, y afrontando las consecuencias de las sacudidas políticas y sociales, tan frecuentes en los Estados nuevos y por organizar, llegan al cabo de algunos años á reunir un caudal que, si es cierto que les proporciona los medios de una vida cómoda y tranquila al regresar á su país, es á cambio del quebrantamiento de su salud, que han ido dejándola en pedazos á medida que su fortuna aumentaba, dándose el caso, muy general y corriente, de que toda la labor y constancia de su vida sirva, con raras excepciones, para que la dilapiden luego sus herederos, que desconocen el cúmulo de contrariedades y fatigas con que ha luchado el inventor de ella.

Estas fortunas y el afán por conseguirlas, hijas del deseo innato en el hombre, no caen, no pueden caer en los moldes severos de la crítica ni en los de la censura moral; obedecen á causas naturales, á un fin y un propósito loables que ampara al hombre y sanciona el derecho, y, por consiguiente, la ejecutoria con que se ostentan merecen las simpatías de los hombres honrados.

Por eso estas fortunas así adquiridas tienen un modo social de manifestarse distinto á las adquiridas por otros medios cuando sobreviven los poseedores de ellas; menos viciosos, más modestos en sus gustos y en sus aspiraciones, no alardean de su posición, ni locamente se entregan á rendir culto á las exigencias inmoderadas de la vida moderna; tampoco fomentan ni aceptan las fiestas mundanas que tanto desmembran las fortunas; viven bien, pero procuran no despilfarrar en lo innecesario, porque no olvidan los afanes, las innumerables penalidades y privaciones sin número que les ha costado llegar á la posesión de cuanto tienen. Acuden á los espectáculos recreativos sin violentarse, calculando el dispendio, pero sin excederse, sin entablar rivalidades ni competencias; subordinan, en una palabra, sus gustos y aspiraciones á un presupuesto holgado, sí, mas no superior á sus rentas, y por eso siempre

se mantienen igual y siempre sostienen el mismo tren, sin que su fortuna experimente quebranto, sino, todo lo contrario, buscan el modo de acrecentarla mediante el ordenado sistema de vida social que se propusieron seguir.

Todo lo contrario de lo que expuesto dejamos acontecer en los poseedores de riquezas adquiridas de la noche á la mañana, y que, á veces, sin explicarse por dónde ha venido aquel cambio de fortuna, los pone en condiciones de alternar é introducirse en los salones de la buena sociedad y del mundo *elegante*; y por eso, sin duda, se entregan enloquecidos al goce de todos los gustos, de todos los placeres, sin cuidarse de la crítica ni de la curiosidad que despierta su aparición entre la gente que no tiene otro quehacer sino el hablar de todo, ni más ocupación que la que se relaciona con los trajes más adecuados á una *soirée*, ó de los que encajan mejor para una fiesta hípica ó cinégetica.

Estos afortunados, cuya posición es artificial, tanto como el artificio de que se han servido para conquistarla, viven, por lo regular, llenos de acreedores que los acosan por todas partes y de todas maneras, porque, entregados de lleno á las solicitudes de la sociedad que frecuentan, en su locura ilimitada por figurar y deslumbrarla, y en la que sin *base* sólida se han ingerido, concluye por determinar en ellos una situación violenta y apurada, haciendo lo imposible por sostenerla, á fin de evitar el *batacazo* social que, no por lo inopinado, habría de prestarse menos á la crítica y sátira en los lugares donde alardearon de un atavío social esplendoroso.

Y, una vez llegados ya á situación tan airada de la fortuna, empujados por el orgullo, por evitar el *qué dirán*, por lo penoso que es el descender, no se detienen á tiempo—antes al contrario—hacen esfuerzos extraordinarios por mantener una posición que se desmorona, que se hunde; y entonces, y ya sin rubor alguno, apelán al *engaño*, á la *ficción*, á la *trampa*, á la *venalidad*; y ya en tan incierta como escabrosa pendiente, aceptan y entran en *negocios* en los que la *decencia*, el *honor* y la *dignidad* son factores



que *estorban*, y de los que prescinden, á trueque de continuar engañando al mundo y lograr así por algún tiempo más el continuar respirando una atmósfera que acaba por asfixiarlos.

El sostenimiento de esa vida esplendorosa, en la cual las mujeres se embriagan, porque se armoniza con la educación que la sociedad moderna tolera en la inmensa mayoría de aquéllas, es la causa de que el hombre, subyugado é intrigado por las gracias ó encantos de la mujer que se los brinda, acceda á todos sus caprichos, á todas sus frivolidades, á todos sus gustos, y, en una palabra, á que, por satisfacerlos, se desprenda de todas aquellas cualidades honrosas que le estorban para convertirse en sér venal y peligroso, y sostener así mejor—aunque acosado de incertidumbres—un *modus vivendi* que encuadra perfectamente en el marco de las costumbres del día.

Existen otros que adquieren riquezas por modos distintos de los que hemos mencionado, y que, aunque parece que tienen un sello de *moralidad* irreprochable, y procuran adornar su adquisición con todas las apariencias legales, reconocen en su origen y en su fondo la urdimbre de una gran infamia, la ruína de algunas honradas gentes y una carencia absoluta de moral y de sentimientos humanitarios; pertenecen al grupo de los que se adineran casándose con la *usura*, y abundan que es un contento; éstos forman parte y corean á los que pregonan moralidad á grandes gritos, censurando y criticando á cuantos, por medios más legítimos, han conquistado una fortuna; son los que más protestan contra los impuestos, sin pagar ninguno; los que no se recatan en sacar á la vía pública, al arroyo, las venalidades de cuantos les han auxiliado en hacer sus chanchullos, y los que, en fin, luego de quedarse con los bienes *ajenos*, por medio de contratos *leoninos* y *lesivos*, se complacen en vilipendiar y en echar á rodar por el lodo la honra y la estimación de aquéllos á quienes han empobrecido... ¡seres abyectos que sólo piensan en acaparar dinero para saciar su sed de oro! ¡Adoradores del *becerro* de ese metal,

y tan sin entrañas como el cuadrúpedo á quien rinden culto, ni saben, ni quieren, ni pueden, en su adoración por el oro, hacer nada útil ni nada humanitario! Antítesis de los ricos improvisados, no sacan su fortuna á que se *airée*, viven en pobreza rayana en la mezquindad y la miseria, no protegen las artes, ni las industrias, ni sirven para fomentar progreso alguno; *vampiros sociales*, han nacido no más para llevar la ruína, la miseria y la desventura á las familias que tuvieron la desdicha de caer en las tupidas redes de su avaricia insana. De éstos, algunos, muy contados, sacan *los piés del plato*, como vulgarmente se dice; ejemplares raros, por aquello de que no hay regla sin excepción, que, ya *redondeados*, les da por ser elegantes, pero de una manera estrafalaria y grotesca; su lujo estriba en empedrarse los dedos de gruesos brillantes, lucir gordas y abultadas cadenas de reloj, que denuncian á distancia el gusto chocarrero y de relumbrón de quienes las lucen, pero de sorprendente efecto entre las gentes de gusto *truhanesco* y entre las clases *churriguerecas*, que se deslumbran ante el efectismo aparatoso que presentan con la exhibición de alhajas, *esos* que las han adquirido con la sangre de sus explotadas víctimas. Como han murmurado ó vilipendiado con anticipación á cuantos con ellos han sostenido relaciones de negocios, creyéndose inatacables, no se recatan en lucir las joyas proclamadoras de sus riquezas, en la creencia en que están de que nadie, ni aun los por ellos *desbaliados*, han de osar el echarles en cara la procedencia de las riquezas que por esos medios leoninos han acaparado.

Groseros y soberbios, porque desconocen las formas corteses y educativas; endurecidos sus sentimientos porque su *tráfico* así lo exige, pasan indiferentes por delante de la desgracia y la desventura, y sus corazones no se apiadan ni ante la mujer apesadumbrada ni ante el niño hambriento....

Y, sin embargo, esos vampiros sociales, como los demás *ricos*, tienen también su grupo de admiradores; entes poco aprensivos, aduladores rastreros que ponen por encima de

los cuernos de la luna su habilidad, su tacto, su talento, y más quenada, la actividad de que han dado gallarda muestra para llegar al pináculo de la posición adquirida, que les permite lucir en la mesa de un café aquellos brillantes que los deslumbran y aquellas cadenas que los aprisionan.

¡La gente es así: se paga mucho de las apariencias y rinde culto á S. M. el *Éxito*, si se exhibe con brillantes!

.
El afán inmoderado por adquirir riquezas fuera de los límites de la herencia y del trabajo honrado, precipita á la colectividad social á la realización de hechos que la deshonran y envilecen, cayendo en ellos porción de hombres honrados, que continuarían siéndolo á no ver cómo esa misma sociedad patrocina, ampara y acoge á los que saben *medrar* y guardar la *ropa*.

Los medios reprobados que por algunos se utilizan para *adinerarse*, sea de la manera que fuere, con tal de que responda y satisfaga las exigencias y los gustos modernos, son los que merecen censura y caen bajo la crítica de la moral; pues tanto falta á ella quien se enriquece por medio de la usura, como quien, para conseguirlo, se sirve de la malversación de caudales públicos, del cohecho, de la venalidad ó de la estafa; todo reviste un sello de inmoralidad, pernicioso y malsano en el conjunto social de un pueblo, y es medida de prudencia el contrarrestar sus efectos, al objeto de contener las perversiones á que el afán por las riquezas se presta, y evitar en lo posible que el hombre se *envilezca* y la mujer se *prostituya*, que es, al fin y al cabo, la única *realidad* que queda de esta dolencia social, que *hoy*, con más persistencia que *ayer*, se abre holgado camino entre nosotros.

X

El indiferentismo religioso

Llegamos al último tema de los que han servido de motivo á nuestro estudio, importantísimo por relacionarse con uno de los sentimientos más puros del espíritu, y de cuya observancia en la *credibilidad* depende el que seamos *mejores ó peores* y el que nuestro espíritu se sienta inclinado á perseguir la virtud ó á encenagarse en el vicio.

La credibilidad ha existido siempre, y por eso, desde los más remotos tiempos de la antigüedad, no ha habido pueblo en el mundo sin creencias religiosas, indispensables á la subsistencia de las sociedades y á la necesidad en el hombre de reconocer la existencia de una *Divinidad superior*, hacia la cual pueda elevar la expresión de su gratitud y esperar en la confianza de que no ha de abandonarle en los momentos más críticos y angustiosos de su vida.

Aunque en las diferentes épocas del mundo las creencias religiosas de los pueblos experimentaron extraordinarias transformaciones, siempre se vislumbraba en ellas el concepto de la Divinidad, por más que, en su ignorancia fanática, formaran creencias particulares, envueltas en

nebulosidades, en las que se dejaban entrever y adivinar, sin embargo, destellos de una Divinidad única é inmutable, que más tarde habría de ser reconocida y aceptada por todo el mundo para su redención.

El concepto que los pueblos antiguos habían formado de la Divinidad influyó poderosamente en la forma del culto, hasta que vino el Cristianismo á derramar sobre ellos los esplendorosos destellos de la verdad religiosa, la cual, elevando al hombre sobre las cosas de la tierra y sobre sí mismo, ha hecho de él un héroe, y de los pueblos cristianos los centros de la verdadera civilización y del inacabable progreso.

Obsérvese cómo desde que surgió el Cristianismo en el mundo comenzó á iniciarse un nuevo período de moralización en las costumbres, de amor al prójimo, y cómo el homenaje y culto que antes se tributaban á la Divinidad se despojan de todos aquellos sacrificios necesarios á la adoración de los ídolos; los oráculos y las pitonisas desaparecen, y el *culto* se transforma en manifestaciones más puras, en las que toma participación única el espíritu, elevándose á la verdadera Divinidad, desligado de toda participación de la materialidad, porque el espíritu es quien únicamente puede identificarse con la sublimidad de las parábolas santas que encierra el Evangelio, y que son el engranaje de las virtudes que en tanto acopio atesora el Cristianismo, única creencia que mantiene viva é imperdurable nuestra fé, y la esperanza en la recompensa de una futura vida más espiritual, y por siempre duradera, que la accidental que en este perecedero mundo tenemos.

Los hechos gloriosos de armas llevados á término por nuestro pueblo cuando padeció la invasión sarracena, planeados en la *cueva* de Covadonga, de donde repercutieron para mantener vivo el entusiasmo y el amor á la santa Independencia, por la cual peleamos siete siglos sin otra enseña que la Cruz para reconquistar lo que la traición y la molicie nos habían arrebatado, todo ello se alcanzó mientras estuvo vivo en el pueblo español el sentimiento

religioso, que influía en su espíritu de una manera prodigiosa y lo alentaba para que, fortificado con la fé, no cesara hasta conseguir tan hermoso empeño.

Los acontecimientos más heroicos que han realizado los pueblos lo han sido inspirados y guiados por ese dulce y consolador sentimiento que imprime la fé, con la que se fortifica el espíritu en los supremos momentos de las grandes crisis; nuestra historia nacional se halla plagada de hechos heroicos que pasman, y agrandan sus proporciones lo reducido del número de hombres, la escasez de medios y de elementos que tuvieron á su disposición quienes á cabo los llevaron.

España, esta nuestra hermosa y querida patria, tierra bendita en donde el *Cristianismo* ha arraigado y fecundizado más que en ningún otro pueblo, es la gran maestra de la influencia que en ella ha obrado la fé, la creencia católica y el amor al Redentor; España se mantuvo grande y fuerte, inventó un nuevo continente, llevó á él sus creencias religiosas, sus virtudes cívicas, sus costumbres, su idioma, su civilización, su entusiasmo y sus amores en una época en que la náutica se hallaba en los albores de su desarrollo y en las primicias de sus conocimientos, y en la que parecía una quimera intentar lo que intentó y llegó á ser un hecho; alcanzó conquistas raras por lo extraordinarias, grandiosas por la extensión de los territorios (1) que adicionó á los que constituían los de su Metrópoli, y que, por la suma de heroísmo que representaban, parecía que no podían asignárseles los caracteres de la realidad, sino los de la fábula.

Mas desde que decayó aquel espíritu; desde que la fé experimentó tibieza, y la duda y la indiferencia se posesionaron de nosotros, desde ese momento, obrando poderosamente en nuestras convicciones, y modificando por entero nuestras inclinaciones y costumbres, hemos caído en tan lamentable estado de atrofiamiento, que ya

(1) Perdidos hoy por la flaqueza é inhabilidad de los gobernantes que padece.

nada se confía ni se espera de la fé; todo se confía á la casualidad, todo se espera de lo accidental.

La sociedad moderna, contagiada con ese indiferentismo, con ese descreimiento que la devora y destruye, no se recata en hacer alarde y ostentación de la ausencia de aquellos sus más necesarios atributos para fortificarse ante las contrariedades que experimenta, y que tan en peligro pone su tranquilidad y su sosiego; y, aunque se ve amenazada por elementos que atentan á su organización y estabilidad, para llevarla á una situación desastrosa y anárquica, ni hace caso de las santas y frecuentes excitaciones que en sus sabias y hermosas Encíclicas le dirige el *gran* León XIII, ni quiere poner nada de su parte para contrarrestar esa invasión que se dispone á arrasar cuanto encuentre en su camino.

El *indiferentismo religioso* ha determinado en las sociedades modernas una filosofía especial y acomodaticia, que cada uno practica y entiende á su manera, sin que pueda compararse con ninguna de las escuelas filosóficas conocidas, pues su esencialidad estriba en la ausencia de la *moral cristiana*, y claro, como es extraordinario el núcleo de entusiastas asociados á ella, subordinan sus actos é inclinaciones á ese *medio* en que desenvuelve sus sentidos y emponzoña su espíritu, á fin de encontrarse á gusto dentro del nivel social que semejante enormidad ha determinado.

Las consecuencias que el entibiamiento de la fé ocasiona á la sociedad moderna son verdaderamente desconsoladoras, y las causas más eficaces de los desastres que experimenta, así como de las alarmantes proporciones en que se desarrolla esa porción de dolencias sociales que saltan á su superficie, y que son el sello característico de toda colectividad que voluntariamente se desposee de las virtudes que emanan del cristianismo, y que tan en olvido tiene la presente.

El crecimiento de las dolencias sociales objeto de nuestro estudio; la manera realista en que se presentan; la desnudez con que se exhiben; el alarde fastuoso que todas ellas hacen en su ostentación, no reconocen otra causa ni

motivo que el *indiferentismo*; y el estrago que en nuestro espíritu ha logrado introducir esa filosofía especial que esta agonizante y neurósica sociedad ha formado para amparar en ella sus culpas, sus devaneos y su falta de fortaleza en soportar los embates de la vida, que hoy más que nunca se encuentra necesitada de un freno que la contenga en la peligrosa pendiente por donde se despeña.

Engolfados el pensamiento y el espíritu de la generación presente en el estudio y adelantamiento de las *ciencias*, en el de las *artes*, en el de las *industrias*, en el de la *navegación* y en el fomento y extensión de las *relaciones mercantiles*, adelantos que han contribuido á hacer de ella una colectividad *egoísta* y *escéptica*, nada fía, nada espera de la verdad religiosa, ni en las virtudes nacidas de la misma; todo lo subordina á ese progresivo adelanto moderno, que, no obstante de ser tan altamente beneficioso á la prosperidad y engrandecimiento de las naciones, es, sin embargo, muy funesto para los elementos sociales que carecen de la ilustración y cultura necesarias para distinguir y poder apreciar entre lo que es debido á Dios y á la invención del hombre por medio de su genio.

¡Qué importa que las sociedades progresen en el orden científico, que las naciones hagan inusitados esfuerzos por ser las primeras en introducir en sus organismos las reformas nacidas al amparo de la civilización, si, atentas no más que al afianzamiento que tales innovaciones les producen, dejan que se sequen y se atrofien los espíritus por el *escepticismo* y el *egoísmo* que las devora, y que tanto contribuyen á su desmoralización y rebajamiento?

Por esto, apesar del progreso de las naciones, no obstante el creciente desarrollo de su riqueza, la colectividad social no se encuentra á gusto, no está satisfecha, experimenta un malestar gravísimo, cuya *característica* es la lucha por la existencia y la falta de fortaleza para afrontarla.

Los admiradores de los adelantos modernos; los que sólo miran el estado social desde el punto de vista del pro

greso, y no ahondan en la cuestión; los que se pagan del *efectismo*, y miran sólo la *superficialidad* de la vida; quienes no tienen preocupación alguna en que la humanidad se desenvuelva en una más amplia ó estrecha esfera de bienestar, esos dicen que aquélla se halla hoy mejor que jamás ha estado, porque la civilización y el progreso, invadiendo todas las esferas, ha roto con las diferencias sociales, y todos, absolutamente todos, se encuentran en disponibilidad de elevarse á las más altas posiciones; cosa que ni negamos ni afirmamos, pero que, en puridad, esos beneficios del progreso sonlo, en efecto, para los que saben utilizarse de ellos; pero en cuanto á que puedan influir en el mejoramiento de las diferentes clases que forman la entidad social, es muy problemático, pues precisamente de esa facilidad para llegar á aquellas posiciones nace la lucha entablada y sostenida por esos otros elementos, que, faltos de las condiciones necesarias para llegar hasta ellas, han provocado, con toda la desesperación de que son capaces los que aspiran con avaricia insana á aquello que saben que no les es dable conseguir.

De ser cierto cuanto dicen y escriben los propagandistas de la prosperidad y venturas que disfrutamos los que vivimos en la aurora del presente siglo, ¿cómo se explican el desarrollo de ciertas dolencias, en las que, además de las criticadas, existen otras, como el *suicidio* y el *adulterio*, que se propagan tan alarmantemente, que los sociólogos más optimistas se asustan de las proporciones en que se manifiestan?

Con sólo pasar la vista por las noticias de los suicidios que á diario publica la prensa, y por la relación que con frecuencia hace de mujeres que abandonan su hogar, puede formarse idea, aunque dolorosa, del estado anormal y violento que padece esta sociedad, no obstante el *progreso* alcanzado, y apesar de la relativa *riqueza* operada en la entidad Nación.

Que ni el uno ni la otra sirven para aminorar los estragos que el *indiferentismo* ha llevado á los espíritus,

pruébanlo también de modo cierto las muertes *violentas* y voluntarias que la humanidad se aplica, por motivos fútiles, por causas pequeñas, por contrariedades ridículas que los hombres serios apenas leen, aunque lamentan los extravíos de la razón en seres faltos de *fé*, de *fortaleza* y de *resignación*, empujados á la locura de atentar contra una vida que cuenta un término natural, y contra el cual hombre alguno tiene derecho á atentar.

Pero esa prosperidad perseguida, ese afán en llegar pronto á la conquista de una posición, esa propensión desenfrenada hacia el lujo y las riquezas, ese deseo inmoderado por gustar los placeres y de ambicionar lo que poseen los favorecidos de la fortuna, por lo mismo que hacen algunos tan escandaloso uso de ella, sumado al desquiciamiento y á la materialidad que embarga toda nuestra existencia, han determinado una solución expeditiva y rápida, que, traducida en el *suicidio*, acepta la sociedad actual como la cosa más natural y corriente para poner término á sus ambiciones incumplidas, á su desesperación y su indiferentismo.

Los Gobiernos se fijan poco ó nada en estas dolencias sociales; estáná lo legislado, y se detienen lo menos posible en adoptar, para contenerlas, la corrección que las mismas reclaman; crúzanse de brazos ante las excitaciones de los sociólogos, y sólo se resuelven á hacer algo cuando creen que la dolencia es de gravedad é importancia tal, que puede quebrantar los organismos todos sobre que descansan los Estados, como sucede con la *anarquía*, por ejemplo; pero ante esas otras que hemos narrado, y que lentamente los van perturbando y desquiciando, permanecèn en una censurable inacción, y de ahí el desarrollo pasmoso que en estos días alcanzan las que hemos estudiado.

Es indudable que, de fijarse más los Gobiernos en fortalecer el espíritu de las sociedades modernas; si cuidaran más de la colectividad social que de sus particulares intereses, esas deficiencias sociales no se ostentarían en tan

grandes proporciones, y las costumbres fueran menos pervertidas.

De ese abandono en los poderes públicos hacia cuanto tiende al mejoramiento moral de las sociedades; de ese desamparo en que las deja, nace forzosamente la comisión de los actos reprobados que, como *característica*, distingue á esta moderna sociedad, y ese batallar incesante de ciertos elementos que la componen, para buscar por inciertos y criminales medios lo que desconfía de hallar al amparo de la legalidad y de los poderes que la rigen.

Hemos hecho esta pequeña digresión con el propósito de que se pueda apreciar la parte de responsabilidad que cabe á los Gobiernos en las perturbaciones morales que padecen las sociedades, porque de ellos depende en mucho que éstas sean mejores ó peores; la falta de freno social, el perder de vista que el espíritu de las leyes debe descansar sobre el de la moralidad pública, para que produzcan efectos saludables, son causas verdaderamente sensibles y determinantes de cuanto deploramos; si se hiciera cumplir ese espíritu de las leyes, ¡cuán distinto sería el conjunto social, y cuán otras las costumbres de los pueblos!

Entonces no se hubieran ausentado de la sociedad ni la fé ni el espíritu religioso que informaba sus costumbres, y ni el *escepticismo* ni la *indiferencia* se hubieran apoderado de sus componentes sociales para hacerlos tan desgraciados como señalan los derroteros por donde se dirigen en su diario batallar por la existencia. Entonces no estaría tan acentuado el rebajamiento de las costumbres, y los vicios no hallaran la aceptación que encuentran en todas las esferas sociales; las que, respirando el espíritu de moralidad de las leyes, mantendrían vivo el religioso y la fé y la esperanza en un mejor porvenir más ó menos próximo, pero siempre cierto; desterraría de la sociedad el indiferentismo que la devora y la conduce á que realice actos atentatorios á los preceptos que informa la moral cristiana.

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al término de nuestro modesto trabajo, que abarca las cuestiones ó dolencias sociales más influyentes en el desquiciamiento y perversión de las costumbres de la sociedad moderna en la finalidad del siglo XIX y aurora del XX; y aunque cada tema de los que han servido de motivo á nuestro estudio se presta, por su significación social y moral, á hacer sobre ellos extensos volúmenes, pues que nunca se habrá dicho de ellos la última palabra, hemos procurado, sin embargo, reducir lo posible su extensión, á fin de no fatigar demasiado con difusas y molestas digresiones, siempre enojosas, la atención de nuestros lectores, cuanto porque la complejidad y desarrollo de las dolencias descritas, sobre ser superiores á nuestras fuerzas y conocimientos, no han encontrado aún en los elementos para los que escribimos órbita ni ambiente de adaptación.

El estudio de las dolencias que nos han servido de temas para este trabajo, á más de exigir grandes conocimientos—júzguese de nuestro atrevimiento al acometerlo—en la ciencia social-filosófica, demanda no pequeña observación por parte del crítico que se proponga hacer un estudio acabado acerca de ellas, y una imparcialidad acrisolada para evitar el que se sienta sugestionado por ninguna causa pequeña ni de prevención hacia la colectividad social, cuyos defectos sólo puede la crítica censurar, no por odio ni animadversión hacia aquélla, sino inspirada en el deseo leal y levantado de que sea mejor de lo que en conjunto es.

El mérito, pues, de este escrito, si alguno puede otorgarse á las líneas que lo componen, no es otro que el de contribuir á que la entidad social del actual momento sea, en su conjunto, en la composición de sus costumbres, en la exterioridad de sus manifestaciones y en el desarrollo de sus apetitos, más morigerada, más dispuesta á aceptar la severidad de los respetos y consideraciones que á sí mismos se deben todos los elementos que entran en el compuesto social.

Por demás conoce el autor de este modestísimo trabajo que no concurren en él ni los méritos, ni la ilustración, ni los conocimientos que materias tan complejas como las que deja apuntadas exigen, y por eso las ha tratado separándose de los terrenos abstrusos de la filosofía y de ampuloso lenguaje, que, si puede servir de marco en cuadro de amena literatura, no encaja en un escrito de índole popular y al alcance y comprensión de todas las inteligencias, y en especial y particular para las menos cultivadas, sobre las cuales hay que insistir mucho, á fin de que en ellas causen alguna impresión las escenas dolorosas en que esas inteligencias toman una más grande y activa participación.

Para esas inteligencias, para esos entendimientos faltos de toda cultura, que obran inconscientemente, embrutecidos por el vicio; que desconocen el hábito de las virtu-

tudes; que se embriagan en la atmósfera insana que respiran; que tienen embotadas sus creencias y su fé, porque nada bueno han aprendido ni nada útil les han enseñado; que recorren las sendas espinosas de todos los vicios, para caer luego en el crimen, maldiciendo y blasfemando de lo más santo, porque ni aun lo más santo les han enseñado á venerar ni á respetar; á ese elemento que tiene tan graves defectos morales, van enderezados en primer término estos PERFILES; pero á las inteligencias cultivadas; á las que se hallan penetradas del moderno movimiento intelectual, y estudian á los autores y sociólogos que analizan las cuestiones sociales; á los que leen y meditan sobre los trabajos del *Conde Tolstoï*, *Lombroso*, *Laschi*, *Spencer*, *Santa María de Paredes*, *Arenà*, *Taine* y tantos otros que se han ocupado y ocupan en tratar de los diferentes aspectos que la cuestión social ofrece, para esas inteligencias claro es que no han de tener novedad ni enseñanza alguna estos PERFILES, pues que ni en su desarrollo, ni en su forma, ni en su conjunto, pueden llevar á su espíritu impresión que no hayan sentido, accidente sobre el cual no hayan meditado en más de un momento, y que con más brillante estilo y profundidad de pensamiento y de observación habrán leído en alguno de los autores que hemos mencionado.

Pero si es cierto que esas inteligencias cultivadas pueden encontrar desprovistas de oportunidad, y hasta de conocimientos, un trabajo que somos los primeros en proclamar su deficiencia, en cambio lo recibirán con benevolencia, por el fin que lo guía y por la intención con que lo hemos hecho.

Mas también, y dentro de los organismos sociales que se llaman directores de los que carecen de toda ilustración y cultura, existe un núcleo muy importante, que se presta poco ó nada á la lectura de libros relacionados con las cuestiones sociológicas, que son muy indiferentes hacia las mismas, que dejan hacer y pasar todos los desvarios, confiando y esperándolo todo de los poderes públicos (los cuales, engolfados en la política, en sus particulares miras y

en el afán de sostener numerosos soldados, como en la introducción dijimos), no tienen tiempo de fijarse en esas *pequeñeces*, creyendo que ni afectan á las cuestiones candentes y del momento de la *cosa pública*, ni que influyen en algún modo á romper el equilibrio internacional de los Estados, por más que todas reunidas sirvan para quebrantarlos, y desterrar de sus ciudadanos las virtudes cívicas que, atrofiadas en gran manera por el *egoísmo*, marchita en sus pechos el amor y el cariño de la Patria, madre común, fusión voluntaria de todos los intereses en un solo interés, de todas las vidas en una sola vida, sin cuya fusión, sin cuyo cariño, no es posible que existan ni la conservación de la sociedad, ni las energías productivas, ni la prosperidad, ni nada, en fin, de cuanto contribuye á que la PATRIA sea grande y el manto hermoso que nos proteja y cobije.

Esas clases cultas, pero indiferentes, que se dicen directoras de la sociedad ó de sus elementos más inferiores, que tan poca afición sienten por la lectura de libros; que desconocen las causas, los motivos y las circunstancias que contribuyen á fomentar las dolencias que relajan y corrompen á la sociedad, porque, intrigadas en el apetito desordenado de las fiestas mundanas que el *confort* en que se mueven les brinda, son, sin embargo, las obligadas por deber á destinar algún momento de su distraída y bullanguera vida al estudio y análisis de todas estas dolencias que afligen á la colectividad social; pues ya que ellas mismas se han asignado esa *supremacía*, es bien que comiencen por acudir á remediar tanto defecto y lunar como la ennegrecen.

De las que más contribuyen á su ennegrecimiento hemos tratado con toda la imparcialidad que nos ha sido dable, sin prevenciones ni prejuicios contra entidad social determinada, pero sí con la independencia y energía que los temas objeto de nuestro estudio demandaban; y por eso, al ocuparnos en la *Vagancia y holgazanería*, de igual manera se marcan sus perniciosos efectos, así en los que nacen

en el arroyo, como los que producen los que despiden los aristocráticos salones; refiriéndonos á la *Mendicidad*, hemos analizado las causas que á su fomento contribuyen, y criticado los remedios equivocados que para su aminoración se aplican; hemos censurado la *Embriaguez*, estimándola como dolencia perniciosa y originaria de una porción de delitos, y como atentatoria á la conservación de la salud y perturbadora de las facultades mentales del hombre; como consecuencia de ella, hemos tratado de la *Delincuencia*, sirviéndonos de crítica en su progreso el sistema carcelario que aún se practica entre nosotros; en dos de sus más visibles aspectos hemos hecho la de la *Prostitución*, procurando guardar las consideraciones de honestidad compatibles con lo espinoso del tema, pero haciendo resaltar los factores que más influyen en su fomento y progresivo desarrollo; la *Inmoralidad* nos ha servido de asunto para poner de relieve cómo el eufemismo moderno varía la aceptación de actos contrarios á la moral, á los cuales el Código les asigna penas; pero que, transformados en *incorrecciones*, *filtraciones* é *irregularidades*, sirven para crear posiciones que surgen de la noche á la mañana, abriéndose camino en la sociedad, que las acoge sin oposición y adula á quienes han sabido encubrir los medios reprobados de que se han servido para alcanzarlas; ha merecido asimismo nuestra censura el *Juego*, considerándolo como instigador en el hombre para que se desmoralice y envilezca, si bien dentro de un criterio imparcial apuntamos que esa dolencia dejaría de serlo, y de originar las relajaciones sociales que produce, si los delegados en su persecución no fueran sus encubridores, ó si por los poderes públicos no se fomentara el de la lotería y no se estableciera distinción entre los lícitos y el de azar; el *Lujo* lo hemos estimado motivo de gran perturbación social, porque ya no lo es sólo desde el punto de vista económico, sino que, desde el moral, establece un desquiciamiento sensible en las costumbres, influye en la perversión de la mujer, que no puede sustraerse á sus atractivas seducciones, y por él quebranta en algunos

momentos su honestidad, precipitándose por la pendiente incierta de sus atracciones, hasta el punto, á veces, de desposeerse de los deberes á que está más obligada, y también porque el afán del fausto exterior de los trajes es causa de que una no pequeña parte de la presente generación se desarrolle anémica y en ese raquitismo que tanto contingente da á los estados nerviosos y neurósicos que padecen la inmensa mayoría de los sexos; el *Afán de riquezas* determina en el hombre—no obstante de ser innato en él apetecerlas y buscarlas—un estado de inmoralidad sugestiva y de avaricia insana, que por conseguirlas no se detiene ante obstáculo alguno, siendo causa, á veces, de que realice actos por los cuales su honra, su dignidad y su hombría de bien van á confundirse en el lodazal inmundo del arroyo, y ha sido motivo de nuestra crítica, al estudiarla, como otra de tantas dolencias que averían el estado social; y por remate, en el *Indiferentismo religioso*, en la ausencia de *fé* que en esta sociedad desquiciada predomina, hemos fundamentado el crecimiento y el progresivo alcance de todo ese envenenador ejército que destruye y mata las energías sociales, reduciéndolas á un *egoísmo* impio y avasallador que todo lo corrompe é impurifica, y que nos desliga de todo sentimiento levantado, amortiguando hasta el sagrado de la Patria, y por ello no hemos podido sus traernos á la imperiosidad de criticar esa gran falta, marcándola como factor importantísimo y muy influyente en la extensión y desarrollo de todas las que se manifiestan en el gran escenario de la vida social.

De más sabemos que la crítica de esas dolencias no ha de influir poco ni mucho en hacer mejor ni peor á la colectividad que las realiza y ampara; conocemos que son dolencias muy arraigadas y cimentadas en la humanidad, como tampoco se nos oculta que acaso no falte quien nos tache de Catones que aspiramos á moralizar con palabras lo que necesita de reactivos más enérgicos y revulsivos más eficaces; pero como no se hallan á nuestro alcance esos procedimientos, ofrecemos lo que podemos y damos lo que

tenemos, no por lo que en su conjunto valgan las palabras escritas, sino por abrigar el convencimiento de que en un libro de esta índole, por deficiente que sea—y éste lo es—siempre se encuentra algo que puede servir para que en algún momento de nuestra vida reprobemos lo que contribuye á hacerla más desgraciada, como en hacerla así influyen las dolencias que dejamos narradas.



Obras del mismo autor

La Cuestión Obrera.—Un tomo (agotada).

Cartas Literarias: "Un Día de Feria."—Premiadas por el Ateneo de Sevilla en el Certamen y Juegos Florales de 1900.

Perfiles Sociales.—Un tomo.

En preparación

Necesidad del Crédito Agrícola.

El Crédito es la vida del Comercio.





LUIS RANGEL LIBROS

Autor: _____

Título: _____

Precio: 3.000

~~~~~  
Precio del ejemplar, 2 pesetas.  
~~~~~